

ANTOLOGIA DE CIENCIA FICCION

Los mejores relatos de nuestra revista digital
PORTALCIENCIAFYFICCION



Lectulandia

Estas 12 obras de diversos autores, componen una peculiar visión sobre un fascinante futuro que abarca desde la inmediatez próxima, hasta inimaginables fechas tecnológicas difíciles de concebir y soñar.

Son un total de 12 relatos y micro-relatos que han destacado, por méritos propios, en las respectivas publicaciones de nuestra revista digital gratuita dedicada enteramente al género de la ciencia ficción. Confío en que sean de vuestro agrado y cumplan con vuestras expectativas...

«Que sea la naturaleza quien programe nuestra estructura corporal, funcionalidad, gustos y predisposiciones, o nosotros mediante ingeniería genética, es algo que desde un punto de vista imparcial importa poco».

Lectulandia

AA. VV.

Antología Portalcienciayficción

ePub r1.0

Watcher 12-05-2018

Título original: *Antología Portalcienciayficción*

AA. VV., 2017

Ilustraciones: Francisco Badilla

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DARIYA

Nieves Delgado

La tarde estaba resultando pesada; mucho trabajo pendiente y un par de ensayos que se empeñaban en dar resultados erróneos. La programación de redes positrónicas seguía siendo complicada, la antimateria confinada era un verdadero quebradero de cabeza; y más aún con los nuevos transistores líquidos, tan difíciles de ensamblar.

Una pequeña alarma distrajo su atención de la pantalla, en la que Sergio analizaba con atención las últimas imágenes del microscopio electrónico. Apartó con una mano el pequeño piloto rojo que parpadeaba flotando ante sus ojos y leyó el escueto mensaje que surgió en su lugar: Diríjase a la Sala de Pruebas, por favor.

A saber qué coño pasaba ahora. ¿La Sala de Pruebas? Como se tratara de nuevo de aquella subrutina que había jodido una serie completa... Se levantó con desgana y un poco de enfado, y se dirigió a la dichosa sala. Acabaría con aquello cuanto antes.

La Sala de Pruebas era una habitación al uso de los antiguos cuartos de interrogatorio policiales, en ella se testeaban las nuevas remesas de androide. Una unidad de cada serie, elegida al azar, tenía que pasar una completa tanda de pruebas que certificarían su correcto funcionamiento. Algunas eran simples exámenes físicos, comprobación de ensamblajes y acabados. Otras, en cambio, eran auténticos interrogatorios psicológicos, herederos del antiguo test de Turing. Ningún androide podía salir de las instalaciones sin que su prototipo hubiera superado todas y cada una de ellas.

En la Sala, una mujer y dos hombres lo esperaban; May, su jefa directa, y dos de sus ayudantes. Hablaban entre ellos, de pie, con gesto serio y nervioso. Cuando entró guardaron silencio y adoptaron una actitud cautelosa, mirándose los unos a los otros. Lo que de verdad le alarmó fue que no se preocuparan en disimular que algo estaba pasando.

—Hola, Sergio. Pasa, te estábamos esperando. —Fue May quien habló, haciendo gala de su superioridad jerárquica.

Mala cosa que lo esperasen. La costumbre era tomar primero las decisiones y luego echar la culpa de los errores a alguien; a él, casi siempre.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema? —Se acercó al grupo, que se removió intranquilo.

—Bueno, sí... Verás, tiene que ver con lo del Presidente.

Tan solo unas horas antes, el Presidente de los Estados Libres había sido asesinado. El suceso fue grabado y difundido por medios de comunicación de todo el mundo, la Federación se hallaba todavía convulsionada.

—¿El Presidente? ¿Y qué tenemos nosotros que ver con él?

—Nada. Ése es el asunto. No tenemos nada que ver con él ni con su asesino — May hizo una pausa melodramática, de ésas a las que ya lo tenía acostumbrado—. Pero tal vez sí con un testigo. Ya sabes, con ese testigo.

Sí, sabía a qué se refería. Todo había sucedido en público. El Presidente se había desplazado hasta una pequeña localidad en la que iba a dar un discurso de inauguración muy especial; comenzaba el curso académico en la que había sido su escuela de la niñez. Era una especie de tradición, un acercamiento a la gente auspiciado por su incansable equipo de asesores.

Las imágenes circulaban por todas partes y eran repetidas una y otra vez hasta el agotamiento; el Presidente subiendo los últimos escalones del escenario, siendo atacado por uno de sus propios guardaespaldas, enloquecido. Con un cuchillo. Nada tan aséptico como un pulso de microondas o un arma de fuego; un puto cuchillo, que se había clavado hasta el fondo justo en medio del corazón. En presencia de una multitud y con unos sofisticados sistemas de vigilancia. Varios segundos de asombro entre los propios guardas de seguridad habían sido suficientes para permitir una segunda puñalada que, casi con toda seguridad, ni siquiera hubiera sido necesaria.

A tan sólo unos pasos de todo aquello, las cámaras grabaron a una mujer que miraba la escena con gesto indiferente; una técnico de sonido, según dijeron, que se encontraba revisando el montaje. En aquel momento era la persona más cercana al Presidente, pero no se movió. Ni un milímetro. Podría haber hecho algo para evitar la segunda puñalada, pero no lo hizo.

—¿Me estás diciendo que tenemos algo que ver con la mujer de piedra? —Así la habían llamado los periodistas—. Pues no sé, pero yo creo que esa mujer lo que necesita es un buen psicólogo, la verdad.

—Sergio, esa mujer no es una mujer —continuó May—, es un androide de nivel cinco. La detuvieron para interrogarla. Pensaron que podía ser cómplice y querían buscar pruebas de algún tipo. Legalmente no se le podía acusar de nada, la no intervención no es delito y la denegación de auxilio era más que dudosa; podría alegar fácilmente estado de shock.

—¿Estado de shock? Vamos, no me jodas. —Un gesto socarrón endureció sus facciones—. ¡Si ni siquiera hizo el más mínimo gesto de apartarse de ese loco!

—Exacto —tomó la palabra Paul; se encargaba del control de calidad en la instalación—, por eso sospecharon de ella. Un simple espectador hubiera mostrado algún tipo de reacción, al menos de sorpresa. Pero ella... era como si no le importara en absoluto, o como si ya lo supiera. Al escanearla, descubrieron que no era un ser humano. Ya sabes que los escáneres convencionales no detectan a los A5, así que no se supo hasta que el asunto pasó al Servicio de Inteligencia.

Sergio lo observaba incrédulo, con esos ojos que abre sin medida la sorpresa cuando es auténtica. De su garganta salió una voz tímida, bajita, como la confidencia amarga que se hace a un colega.

—Vamos, Paul, sabes tan bien como yo que eso no puede ser. Si fuera un androide, hubiese violado la Primera Ley. No fabricamos androides que violen las Leyes. Nadie lo hace, las consecuencias serían demasiado... —No encontraba la palabra— importantes.

Un manto de silencio compartido cayó sobre los cuatro. Todos sabían que eso no era exactamente cierto. Existía la leyenda de que los militares utilizaban androides que violaban selectivamente alguna de las Leyes. Androides que mataban en el campo de batalla. Androides que torturaban a los presos sin conflicto interno alguno. Todos los ingenieros de robótica y especialistas en Inteligencia Artificial del mundo lo sabían, pero nunca se hablaba de ello.

—Precisamente, Sergio —May retomó la palabra—. Si este androide ha tenido algún tipo de disfunción, es posible que se trate de un error de programación que, por algún motivo, se haya colado en los controles de seguridad. Podría haber toda una serie de A5 defectuosos circulando por el mundo.

Sergio empalidecía por momentos. Empezaba a asumir el alcance de lo que aquello suponía y una especie de vértigo se apoderó de él. Los androides de nivel cinco eran externamente indistinguibles de los seres humanos; internamente también, en una exploración superficial, ya que sus órganos estaban fabricados con material orgánico. En cambio, un simple análisis de sangre, un cultivo celular o una biopsia, revelaban su verdadera naturaleza. O un escáner ultrafino, como en esa ocasión, que mostraba la presencia de elementos exóticos como la antimateria contenida en un cerebro positrónico.

La fabricación de los A5 precisaba un permiso gubernamental especial. El rechazo de una gran parte de la población a que las IA pudieran camuflarse entre la ciudadanía era un factor importante; pero se trataba, sobre todo, de motivos de seguridad.

Algunos A5 eran encargados por grandes empresas que podían permitirse pagar los impuestos requeridos y comprometerse a realizar el control y mantenimiento necesarios. En algunas ocasiones se les colocaba en servicios de atención al público, como recepcionistas de hoteles o guías turísticos; en estos casos, debían llevar por ley una pequeña marca en la frente, bien visible, que indicara lo que eran. Sin embargo, la mayoría de los A5 eran destinados a labores de seguridad y camuflaje; agentes secretos para los gobiernos. O dobles de personajes importantes o famosos, a los que se les obligaba a firmar un compromiso de buenas prácticas cuyo incumplimiento tenía consecuencias penales. Y todos, todos los A5 del planeta, estaban registrados en los archivos de sus respectivos gobiernos. Nadie quería un ejército de androides con aspecto humano circulando libremente.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros? —Por fin, Sergio volvió de su ensimismamiento.

—En estos momentos están trasladando al A5 a estas instalaciones. Debemos detectar dónde está el fallo, identificar la serie a la que pertenece y retirarla por

completo. Tú eres el jefe de Diseño, nuestro mejor programador, y quien realiza el Test de Calvin a las unidades de prueba. Nadie mejor que tú para hacer ese trabajo.

Se dio la vuelta en silencio, mesándose el pelo en un gesto involuntario de preocupación, mientras los otros tres lo observaban con respeto. Tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo, su actitud había cambiado.

—Vale, de acuerdo, yo me encargo. Avisadme cuando esté aquí.

Salió de la habitación sin esperar respuesta y ya de camino a la Sala de Programación se paró en una de las máquinas expendedoras de café en la que un androide de nivel tres reponía material. Se dirigió a él sin ningún miramiento.

—Café brasileño con doble carga para el cubículo seis de la Sala de Programación. No tardes.

—Enseguida —respondió el A3 con un movimiento de cabeza típico de los mecanismos hidráulicos.

De nuevo en su lugar de trabajo, se sentó y desplegó con los dedos una pantalla de datos; quería revisar los protocolos de implementación de los A5, hacía tiempo que no trabajaba con ellos. Ese tipo de androides no estaba muy solicitado y quería ir sobre seguro. En plena concentración, entró el A3 con su café en la mano; lo ignoró completamente mientras éste le dejaba el vaso sobre la mesa.

Los A5 eran sin duda unas máquinas muy sofisticadas. Los científicos no se ponían de acuerdo sobre si eran capaces de desarrollar consciencia o no, pero desde luego tenían un nivel de empatía muy elevado; solía decirse que mayor incluso que muchos humanos. De ello se encargaba un complejo sistema emocional. Era técnicamente imposible que un A5 permaneciera impasible ante el ataque a una persona, y no solo por su obediencia a la Primera Ley. Algo tenía que haber sucedido con aquella unidad.

Una hora después el piloto rojo volvió a parpadear ante sus ojos, lo apartó de nuevo y un breve mensaje apareció suspendido en el aire: Ya está aquí. Sergio profirió un hondo suspiro, cogió la interfaz de exploración para los A5 y salió de la habitación.

En la puerta de la Sala de Pruebas lo esperaba May, acompañada por un policía armado del Cuerpo Especial de Intervención.

—Está ahí dentro, custodiado por otro policía. —Hizo un gesto con la cabeza y miró de reojo al que tenía a su lado, que permaneció impasible—. Ya les he dicho que nada de esto tiene sentido, que es absurdo temer las acciones de un androide, y más las de un A5, pero no hay manera. Las cosas están muy revueltas, parece que cierta gente se está poniendo nerviosa. He conseguido que puedas trabajar a solas con la unidad averiada, pero ellos dos estarán aquí fuera en todo momento, por si los necesitas.

—¿Pero por qué los voy a necesitar? —replicó con enfado, mirando fijamente al policía, que continuó imperturbable—, ¡Se trata sólo de una máquina, por el amor de dios! Qué manía de confundirlo todo...

—Bueno, tú ya sabes lo que tienes que hacer —continuó ella—. Tus conclusiones están ya clasificadas de antemano como material secreto, será tratado con el protocolo de Alta Seguridad; hay demasiados A5 trabajando en labores secretas que pueden involucrar incluso a Estados. Ya sabes lo que eso significa. Si necesitas apoyo auxiliar para el examen, avisa.

—Vale, venga, dejémonos de melodramas. Es un puto androide, tenemos miles aquí dentro. Sólo espero que esto no me líe demasiado, tengo planes para esta noche.

Dejando a May a un lado, entró en la Sala. Efectivamente, un hombre armado estaba de pie, tras una mujer sentada a una mesa. “¡Joder, qué bien los hacemos!”, pensó; el aspecto del androide era el de una mujer pelirroja joven, aunque entrando ya en la madurez, con facciones agradables pero no excesivamente llamativas. La mayoría de los A5 eran así; aspecto de personas corrientes, podían pasar inadvertidos en medio de una multitud. La función de algunos de ellos era precisamente ésa.

—Hola, agente —saludó al policía—. Puede retirarse, gracias. —El hombre saludó con una inclinación de cabeza y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Sergio se dirigió a la mesa donde estaba sentado el A5 y tomó asiento justo enfrente. Ya estaba habituado a ese procedimiento, era parte del Test de Calvin; detección de incoherencias y contradicciones en el lenguaje. Ella lo miró con curiosidad, o al menos con una perfecta imitación de la misma. «Ya lo he vuelto a hacer», pensó para sí, cuando se dio cuenta de que estaba pensando en el androide en términos de «ella». Por eso era tan bueno en su trabajo, porque podía ponerse en la piel de los androides y detectar minúsculos errores de programación.

«Ponerse en la piel» de los androides; no pudo dejar de apreciar la paradoja, y un gesto sarcástico y divertido se le dibujó en los labios.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dariya. Si te refieres a mi nombre de batalla, claro.

—Claro. Tu nombre de fábrica puedo saberlo en menos de un minuto. —No quería ser hiriente, ni aun tratándose de un robot, pero se dio cuenta de que realmente estaba irritado.

Ella no respondió. El nombre de fábrica era una larga serie de números y letras que identificaba completamente a una unidad concreta; fecha y lugar de fabricación, número de serie, datos de la persona o empresa que lo había adquirido... Todo estaba ahí, en ese código que los androides llevaban incorporado en su software. Luego, era el dueño del androide quien le ponía un nombre común, según sus preferencias.

—Eres consciente de que has armado una buena, ¿verdad? —Sergio la miró a los ojos, no hubo muestras de incomodidad por parte de ella.

—No he hecho nada que contradiga mi programación, si te refieres a eso.

Los A5 tenían una capacidad de diálogo al menos tan amplia como la de los humanos; en muchos casos, incluso superior. No era bueno utilizar la ironía o la retórica con ellos, uno llevaba siempre las de perder. Eran capaces de evitar preguntas, eludir respuestas o dirigir conversaciones en la dirección que más les

conviniera. No; si uno quería tratar con un A5, tenía que hacer preguntas directas y huir de la ambigüedad. Un A5 podía mentir si no violaba con ello la Primera Ley, pero la Segunda le obligaba a no hacerlo si el humano así se lo ordenaba. Era un mecanismo complejo de comunicación, especialmente diseñado para androides que debían pasar por humanos sin violar las Leyes de la Robótica.

—¿Quién es tu dueño?

—Me temo que ésa es una información que no estoy autorizada a revelar —respondió ella, haciendo un ligero gesto de pesar. Sergio se la quedó mirando unos segundos mientras reformulaba la pregunta en su cabeza.

—Te ordeno que me digas quién es tu dueño —pregunta directa, sin matices, sin puertas de atrás.

—Repito; ésa es una información que no estoy autorizada a revelar, lo siento. —No había rebeldía en su voz, sólo la constatación de un hecho. Los humanos tendían a interpretar las respuestas de los androides desde un punto de vista emocional. Era un error, y él lo sabía.

Bueno, ya tenía un primer fallo sobre el que trabajar. Dariya acababa de desobedecer la orden directa de un humano; claro que había que investigarlo más a fondo, tal vez la orden había entrado en conflicto de algún modo con la Primera Ley.

Sergio cogió la interfaz que había llevado consigo y se levantó de la mesa. Se dirigió a una consola arrimada a una de las paredes y la acercó a Dariya.

—Voy a examinar tu programación maestra, Dariya. Estira los brazos sobre la mesa e inclina la cabeza ligeramente hacia atrás.

—De acuerdo, gracias por decírmelo —respondió ella, siguiendo sus indicaciones.

Sergio cogió una herramienta de la consola, una especie de palanca con forma de cuchara, y la acercó a la cara de Dariya. Le apartó el pelo por completo y, con cuidado, introdujo su extremo por detrás del ojo izquierdo, presionó levemente y el globo ocular quedó desencajado. Lo metió con delicadeza en un recipiente adosado a la consola. En la cuenca vacía quedó al descubierto una pequeña entrada de conexión, a la cual acopló la interfaz. Al momento, una ruda pantalla en la consola comenzó a registrar filas y filas de datos. Sergio buscó entre todos ellos lo que le interesaba.

—AndreiLébedev —dijo en voz alta. Dariya no hizo el más mínimo gesto.

Lébedev era un magnate del antiguo estado ruso, famoso por sus inversiones en biotecnología y por haber sufrido ya dos intentos de asesinato. Era un personaje oscuro, nunca había salido nada contra él ni contra sus negocios, pero circulaban rumores que hablaban de un tipo con tendencia a los negocios sucios. Una de sus aficiones era la robótica; había sido de los primeros en automatizar todos sus servicios, incluso los privados, y era muy probable que estuviera en posesión de varios A5. Dariya seguramente pertenecía a su cuerpo de seguridad. Pero si aquel tipo había modificado la programación de un androide para violar alguna de las Leyes en su propio beneficio, desde luego se había metido en serios problemas.

Desconectó la interfaz y colocó de nuevo el globo ocular de Dariya en su sitio. Ésta se incorporó como si nada hubiera pasado.

—Bueno, ya he descargado tu programación completa —informó Sergio—. No es necesario que ocultes nada, puedo hacer cualquier comprobación cuando quiera.

Dariya no respondió. No le habían preguntado nada.

—¿Por qué estabas en el discurso del Presidente? Todos vimos cómo comprobabas la conexión de sonido antes del suceso.

—Hacía labores de vigilancia para Andrei. —«Vaya, Andrei», pensó Sergio, «cuánta familiaridad»—. Él también es natural de Surgut y quiso estar presente en ese discurso. Con la aprobación del Servicio de Seguridad Presidencial, colocó a varios de sus guardaespaldas por todo el evento. Yo soy uno de ellos. La revisión del sonido era sólo una tapadera.

—Ajá. Tu misión es proteger la integridad de AndreiLébedev. Pero no puedes saltarte las Leyes Robóticas, ¿no es así, Dariya?

—Así es, no puedo. —A Sergio le pareció distinguir una sombra de reprobación tras la mirada del androide, como si le costara creer que estuviera haciendo una pregunta tan estúpida.

—Dariya, ¿tu programación maestra ha sido modificada?

Unos segundos de espera. Como si hubiera duda. Evaluando la pregunta, procesando una respuesta. Qué maravillosas máquinas eran los A5.

—Sí —segura, concisa, inapelable.

—Sin embargo —continuó Sergio, que sentía cómo la adrenalina inundaba su organismo—, no puedes saltarte las Leyes Robóticas —recalcó la frase—. Pero no hiciste nada por evitar el ataque al Presidente, y ésa es una violación flagrante de la Primera Ley. ¿Qué parte de tu nueva programación es la que te ha permitido hacerlo?

—No entiendo qué es lo que quieres que te diga —respondió Dariya, mirándolo directamente con sus verdes ojos—. No soy programadora, no entiendo de eso; no puedo identificar funciones de rutinas y subrutinas, si es a eso a lo que te refieres.

Mierda. Se había despistado otra vez. Preguntas concisas y directas.

—Verás, puedo analizar tu programación con calma y encontrar en ella todas y cada una de las causas de tus actos. Pero me llevaría un tiempo, eso es lo malo, y hay mucha gente pendiente de nosotros en estos momentos. Así que tal vez tú me puedas ayudar a encontrar lo que busco de una manera más rápida. Te ordeno que maximices tus funciones empáticas y procures interpretar mis preguntas para entender qué es lo que quiero.

Dariya ladeó ligeramente la cabeza en un gesto afirmativo. Tardó un par de segundos más de lo normal en levantarla de nuevo.

—Programación empática maximizada.

—Bien. Vamos a ver, Dariya; aparte de la salvaguarda de AndreiLébedev, ¿qué otras funciones y capacidades se te asignaron que no estuvieran ya en tu programación maestra original?

—Tengo órdenes precisas de ocultar la identidad de mi dueño y la mía propia a cualquier otro ser humano o máquina —respondió ella—. Pero esa orden no entra en conflicto con ninguna de las Tres Leyes. Debo seguir preservando la vida de cualquier ser humano por encima de mi propia existencia, obedecer sus órdenes y velar por mi seguridad siempre que eso no implique peligro vital para ningún ser humano.

La mirada de Sergio se endureció al instante. Algo iba jodidamente mal con aquel androide.

—¿«Siempre que ningún ser humano esté en peligro vital»? ¿Y un par de puñaladas en el corazón no te parecen un peligro vital?

—Sí, claro; para un ser humano. Las Leyes que me han programado me obligan a defender la vida de los seres humanos. El Presidente no lo era.

Sergio se quedó paralizado, durante casi un minuto no fue capaz de reaccionar. Definitivamente, aquel androide estaba completamente desquiciado.

—¿Cómo que no era humano? ¿Qué quieres decir, que era una especie de extraterrestre, o algo así?

—No. Un androide de nivel cinco, como yo.

—¡JAJAJAJAJA...! —Era una risa histérica, de ésas que buscan tiempo para capear el temporal—. ¿¡Pero tú estás loca!? ¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Anda, venga! Si el Presidente fuera un puto androide, ¿crees que los Servicios Presidenciales iban a montar todo este tinglado? Ellos lo sabrían, estarían intentando tapar todo el asunto, ¡justo lo contrario de lo que están haciendo! Lo tendrían que saber, joder... ¿Crees que les hubieran colado algo así?

—Bueno, tal vez se estén enterando ahora, si le están haciendo la autopsia. Tal vez ni siquiera él mismo lo sabía —sugirió Dariya.

—Ya, claro. —Algo muy parecido al odio se movía ahora en su interior—. Pero tú sí lo sabías, ¿verdad? Ni el propio Presidente lo sabía, pero tú sí. ¿Me puedes explicar eso?

—Claro —tono neutro de Dariya, seguramente no ayudaría a apaciguarlo—. Se me han insertado sensores adicionales que me permiten detectar a distancia a los seres humanos. Ya sabes; emisión de infrarrojos, circulación de fluidos corporales... esas cosas. Somos muchos androides ya en circulación, Andrei quería distinguimos por cuestiones de seguridad. El Presidente dio negativo en esa exploración; era un androide. Yo no tenía obligación de frenar aquel ataque, pero sí de guardar mi anonimato. Está claro que no evalué bien la situación, si hubiera auxiliado al Presidente aun sin tener que hacerlo, no estaría ahora mismo contigo.

—No, está claro que no la evaluaste bien. Igual que no estás evaluando bien ahora lo que dices. Te estás delatando a ti misma, esa sarta de mentiras absurdas sólo puede venir de un androide modificado para eludir las Leyes, lo cual no me extraña nada viniendo del viejo Lébedev. Presidentes que son androides y no lo saben... Yo trabajo en este centro desde hace más de veinte años, y nunca he oído hablar de algo así...

¿Qué se supone que es esto, la puta rebelión de las máquinas? ¿Me vas a decir que hay una conspiración mundial de androides para suplantar a los humanos y acabar así con ellos? ¡Joder, todo un clásico de la ciencia ficción! Está tan visto... ¿Me puedes contar algo que no sepa, por favor?

—De acuerdo, como quieras. —Una casi sonrisa pícaras asoma a sus labios y levanta los ojos hacia Sergio—. Tú tampoco eres humano.

ESTACIÓN ORBITAL UVR

Víctor Vila Muñoz

—Apaga el motor de distorsión y activa los retropropulsores de frenada, Tanny.
La IA obedece servicialmente.

—Impulso de deformación desactivado. Propulsión superlumínica detenida, Berg.
Recorridos 100.000 años luz en apenas 5 meses, y volvimos a regresar al punto de partida.

—¡Todo un éxito! ¿Nos veis desde control? ¡Aquí estamos!

Pero el silencio es la única respuesta a las vibrantes palabras del cosmonauta...

—¿Control? ¿Gaelle? ¿No me oís?

—Nadie en los escáneres. Alguna cosa ha salido mal. —Anota Tanny metódicamente.

—¡Qué demonios! ¿Dónde se han metido todos?

—Los sensores indican que la estabilidad de la burbuja Warp ha fluctuado la línea temporal.

—¿Y dónde estamos ahora?

—Di mejor... «cuándo».

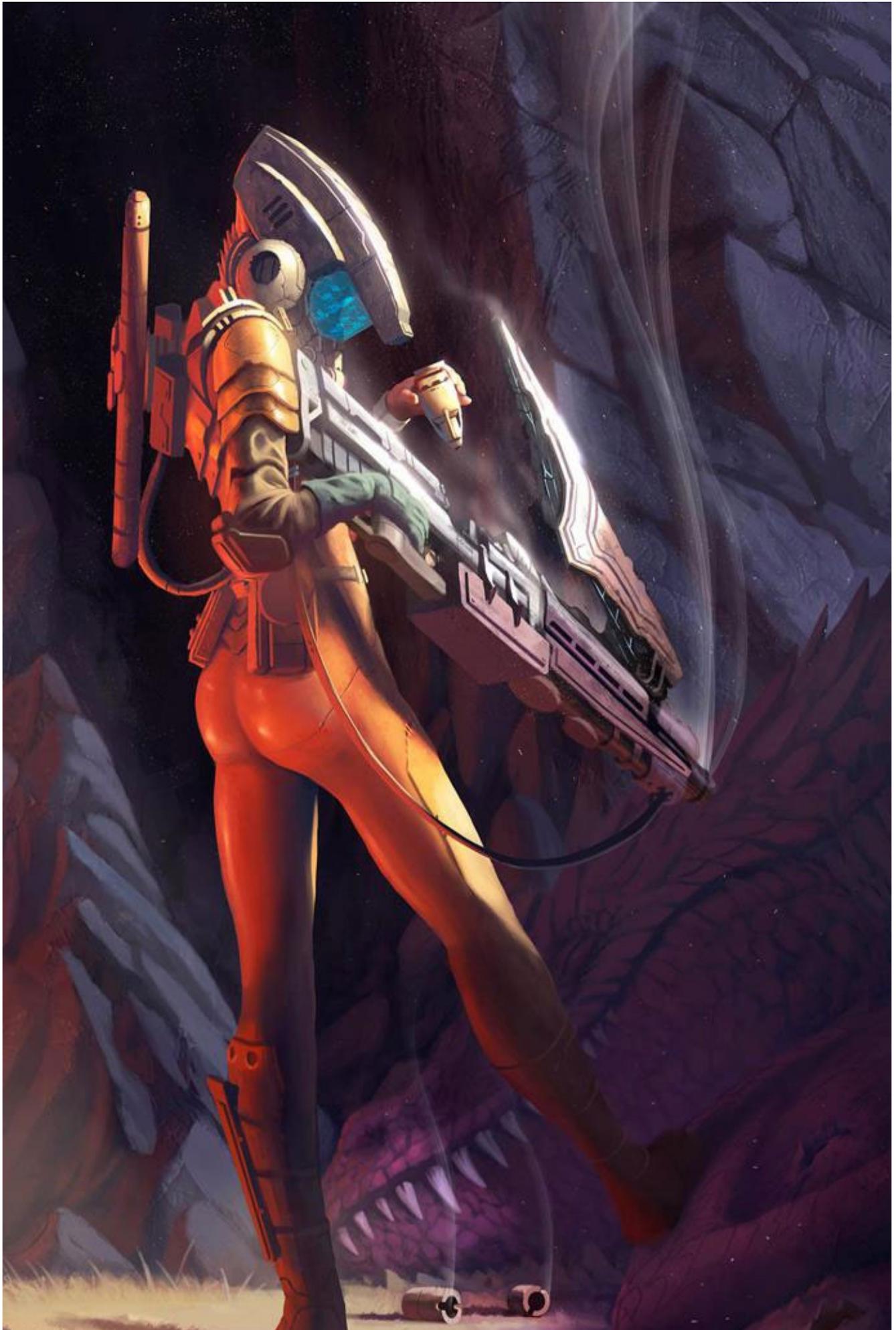
—¿Acaso hemos viajado en el tiempo, Tanny?

—Estamos en el año 3647 del futuro, si mis cálculos son correctos...

Berg toma velozmente conciencia del significado de tales palabras... Su mundo se derrumba por completo y su rostro languidece como si una enfermedad hubiera salpicado de desesperación desgarradora hasta el último resquicio de su genoma.

—Gaelle... —murmulla entre sollozos, consciente que ya jamás volverá a disfrutar de su amada.

—Berg, lo siento —comenta la IA en un inusual tono de humanidad.



Pasan los minutos entre desesperados gimoteos y exclamaciones plañideras... Incapaz de razonar con lucidez, es finalmente Tanny quien sugiere un plan de acción.

—Regresemos a la Tierra, si te parece bien.

Berg asiente, trastornado, y la nave enciende motores dirigiéndose a toda prisa hacia la cuna de la humanidad...

A medida que la astronave se arrima al planeta, el confundido astronauta va profundizando cada vez más en las consecuencias de su inusual situación. Nadie que conozca puede seguir ya con vida, y lo que encuentre llegado a destino, es un desconcertante misterio. A medida que se acercan, detectan algo realmente insólito...

—¿Qué diablos es esa cosa en órbita?

—No me consta, Berg.

—¡Es gigantesco!

—Tiene un radio de 127'42 kilómetros, para ser exactos.

—Verdaderamente increíble...

—Más lo es que no hay señales de vida humana en el planeta Tierra.

—¡Eso es imposible!

—El scanner biomolecular no miente.

La situación parecía no poder empeorar más, pero sin embargo, lo hace a pasos colosales... Durante su ausencia, la humanidad parece haberse extinguido por completo.

—¿Qué puedes contarme acerca de la estructura de... «eso»? —pregunta conmocionado el humano.

—Aleación desconocida. Imposible análisis biométrico. Ninguno de mis detectores atraviesa esa especie de coraza.

Una hipótesis angustiosamente apocalíptica se apodera de Berg; ¿acaso esa nave extraterrestre aniquiló todos los humanos?

—Un momento... algo sale de la estructura.

—¿Qué es? ¡Por Dios Tanny! ¿Dime de qué se trata?

—Se acerca veloz, no puedo darte más datos.

El objeto se coloca a un par de kilómetros de la nave, y el cosmonauta lo observa atemorizado.

—Parece... en verdad que no lo sé, pero... diría que es una especie campo de fuerza con algo dentro...

—Imposible analizar su interior. Visualmente parecería ser la mitad de grande que nuestra nave.

Justo después de la vaga sentencia de la IA, Berg empieza a sentir un intenso dolor agudo en la sien y en sus extremidades. Incluso comienza a retorcerse progresivamente...

—¿Te ocurre algo? ¿Qué sucede?

—Tanny, algo va mal... el dolor... es penetrante... Como si me arrastrara...

Sus células empiezan a centellejar insistentemente hasta que, repentinamente,

desaparece por completo.

Oscuro.

Silencio.

Destellos...

—¿Es usted Humano? —pregunta una sutil voz tácita.

El astronauta abre pesadamente los ojos, medio adormecido.

—¿Es usted humano? —insiste el extranjero.

—Yo... sí, por supuesto que lo soy. ¿Dónde estoy?

—Usted ha sido transportado al interior de la estación UVR. Por favor, sígame...

Berg, muy turbado, se incorpora torpemente. Ante sus ojos, un ser de apariencia humanoide y resplandeciente le observa minuciosamente.

—No entiendo nada. ¿Quién eres? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde están todos?

—Por favor, sígame...

Con un gesto conciliador, el ser invita apaciblemente al cosmonauta a acompañarle... y éste accede titubeante.

El interior de la UVR es todavía más extraño que el exterior. El material de construcción parece holográfico: una extraña mezcla entre virtualidad y campos de energía fotónicos.

El ser, a su paso, parece interactuar con el entorno, como si estuviera trabajando al mismo tiempo que guía al humano hacia donde sea que se dirigen.

Las zancadas de ambos son lentas, pero sin embargo, parecen moverse muy deprisa, como si el suelo acelerase sus movimientos progresivamente.

—No había visto ningún humano desde... —runrunea el extraño humanoide.

El misterioso paseo pronto llega a su fin. Un gigantesco hangar, que se extiende hasta donde la vista alcanza, se asienta majestuoso sobre lo que parece ser una especie de sistema computacional cuántico de aspecto solemne y extraordinariamente avanzado.

—Ya hemos llegado.

—¿Llegado? ¿A dónde?

—Al virtualizador, por supuesto.

—¿Virtu... qué?

—Sí, ya sabe, el lugar donde se desprende de su cuerpo biológico para emprender su virtualización.

Berg retrocede sobresaltado y adopta una postura defensiva y desafiante. Ignora el completo significado de tales palabras, pero deduce instintivamente que atentan contra su condición humana.

El ser, muy sorprendido por su reacción, empieza a cavilar y finalmente profiere:

—Hum... me temo que he cometido un error con Usted. ¿Puedo sabersu procedencia?

—En el 2073 hicimos una prueba de motor de curvatura y algo salió mal. Avancé por error en el tiempo hasta 3647, y me encontré con que la humanidad había

desaparecido. Luego fui transportado a esta... «estación» gigante, y ahora tú quieres no se qué de virtualizarme —espeta Berg, visiblemente nervioso y alarmado.

—Ya veo. Si me lo permite, indagaré en su memoria para ayudarle a comprender. Según mis datos, en su época empezó todo...

El enigmático y brillante humanoide semitransparente, se acerca al humano muy despacio para no levantar susceptibilidades. Pronto los recuerdos del cosmonauta afloran como un torrente germinado.

*

—Gaelle, ya estoy en casa... ¿Gaelle?

—Oh, cariño, no te había oído. Estaba probando el ingenio ese de realidad virtual que nos regalaron Marcus y Sarah...

—¿Otra vez con lo mismo? Ese artefacto nos embobará a todos...

—No digas eso, si ni siquiera lo has probado. La inmersión es increíble... ¡Parece de verdad!

—Yo si te quiero de verdad, Gaelle.

—Y y o a ti, Berg.

*

—¿Empieza a entender ahora? —pronuncia el ser.

—Me temo que no del todo...

—La globalización extendida planetariamente permitió a todos los países disfrutar de la tecnología virtual. Con el tiempo, estos sistemas desencadenaron una inmersión total en mundos virtuales de posibilidades infinitas. Entiéndalo, al principio fue sólo una aplicación para paliar el malvivir de personas discapacitadas e impedidas, pero muy pronto, y debido a lo adictivo de su uso, se instauró masivamente en todos los hogares a escala planetaria. Con el transcurrir de los años, cada vez eran más las personas que preferían la inmersión virtual a la vida biológica que llevaban. En 2175 una ley permitió el volcado de datos cerebrales en máquinas, para vivir sin cuerpo. Las personas se consagraron masivamente a la existencia virtual, pues esta no concebía límites de ningún tipo. Paulatinamente, durante centenares de años, la Tierra se despobló y esta estación para albergar mentes, creció. Hacía más de mil años que no encontraba un humano en estado biológico, y pensaba que todos ya se habían virtualizado... Hasta que le vi a Usted.

Berg no hubiera creído nada, si no fuese porque esa estación era la prueba viviente de tales acontecimientos. Desamparado y solamente por decir algo, preguntó anodinamente:

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Soy el ingeniero holográfico de la UVR (Universe Virtual Reality). Me ocupo del mantenimiento y buen funcionamiento de la maquinaria que recrea el universo virtual.

—Y Gaelle... está... ¿Virtualizada?

—Su esposa se unió al mundo virtual a la edad de 73 años. Aunque, obviamente,

en la actualidad puede tener el aspecto que quiera.

El panorama que se cierne sobre Berg es desalentador; acceder a vivir virtualmente, o morir de viejo y completamente solo en un mundo sin sus semejantes. El holograma, amablemente le sugiere en tono conciliador...

Al cabo de unos meses...

*

—¡No te lo pierdas! Los Rooper han configurado un entorno presencial que permite fusionar tu avatar virtual con... ¿Me escuchas? ¿Pero qué estás haciendo...?

—Nada, Gaelle... estaba pensando en... cosas mías. Veamos eso que me comentas...

MUSEO

Cano Farragute

Extraterrestres. Esa era la palabra con la que se los nombraba en la Tierra, cuando ellos siempre se habían denominado neótropos.

—Años observando planetas para expandirnos y cuando por fin hallamos uno con nuestra atmósfera, alberga vida inteligente —comentó el teniente Snalvis.

Cualquiera que hubiera visto un neótropo entre los siglos X a.C. y el XXI d.C. lo habría confundido con un humano. Completamente. Salvo que se hubiese fijado en sus manos, donde se desplegaban tres dedos de seis falanges. Carecían de dedos en los pies, con lo que la forma de esta extremidad era un plano ovalado; claro que calzados, no se le veían. Además de otros detalles menores en su mandíbula y orejas.

—Este mundo parece ordenado por una inteligencia superior, pero sus habitantes no están dispuestos a mostrarse —añadió Kórel, presidente de los neótropos—. Una lástima que no quieran atendernos... sería muy edificante para nosotros.

Snalvis enarcó una ceja. Subieron las escaleras del museo, cuya entrada era un gran portón con dos columnas laterales. El neótropo pelirrojo iba uniformado de camuflaje gris, y llevaba la ametralladora colgando del hombro derecho. Los acompañaban cuatro guardias que tomaron posiciones a la entrada, a fin de proteger al presidente. Otro escuadrón rodeó el edificio, encargándose de cubrir las posibles salidas.

Las naves de Neotropía flotaban en el cielo, a excepción de la posada en la carretera. Eran ingenios cilíndricos de acero. Las cámaras exteriores transmitían la imagen a las pantallas del interior, de manera que controlaban la situación de los que se hallaban en la superficie del planeta.

—Es curioso que no usen vehículos y sin embargo sus ciudades parezcan tan avanzadas como en nuestro planeta, pero a su vez aparentemente abandonadas —comentó Snalvis.

A la entrada del museo los aguardaba una figura de dos metros, color azabache. Tenía cinco dedos en las manos, y no parecía ir vestido.

—Buenos días, señores Snalvis y Kórel —saludó el robot—. Nos informaron de su llegada, y, según marca nuestro protocolo, cualquier extraterrestre debe conocer la situación de la Tierra. Por favor, acompáñenme —pidió el robot.



—Disculpe un momento —dijo Kórel. El autómata se detuvo a escucharlo—. ¿Cómo se llama?

—Soy el número 37 del modelo 452 de relaciones intergalácticas, camada F. Aunque el nombre que usan para denominarme dentro del museo es Fernando.

—Está bien, Fernando, ¿es seguro el museo?

—Completamente, señor Kórel. Pero el teniente Snalvis puede pasar con su arma si así lo desea. Aunque como ya se les informó: el uso de cualquier artefacto peligroso conlleva la muerte inmediata por parte de nuestros sistemas de seguridad.

—No tengo intención de usarla —respondió Snalvis.

<<Qué difícil resulta hablar con algo que no gesticula —pensó el soldado—. ¿Esto es la tecnología de aquí?>>

Pasaron al interior de la edificación. Las paredes gozaban de una gran diversidad de imágenes de humanos, implantes, máquinas, células y una enorme cantidad de ingenios cuya biotecnología escapaba al conocimiento neótrope. Se propagaban por todo el espacio abierto, atravesándolo de un lado a otro con añadidos de esculturas, muestrarios de esa tecnología fotografiada, maquetas de la evolución de las ciudades, y un largo etcétera que amenazaba con no acabar nunca.

—Fascinante —fue todo lo que pudo decir Kórel, acercándose a la primera imagen—. Aunque esta criatura...

—Es por donde empezamos —intervino Fernando, ya que con sus sistemas de reconocimiento había captado que el presidente de Neotropía no pensaba terminar la frase—. Se trata de un espécimen denominado Pre-Australopitecus. Como pueden observar en la imagen, una gran cantidad de vello corporal cubría su piel, para así protegerse del frío.

>>Con el paso de los miles de años —continuó, avanzando hasta la siguiente imagen—, la criatura fue adquiriendo una posición más erecta, hasta caminar como bípedo. Se le nombró Australopitecus.

>>Y aunque hay datos perdidos del eslabón entre el Australopitecus y el primer homo —prosiguió, caminando en pos de la sucesión de imágenes de la pared—, se cree que éste, el Homo Hábilis, es una evolución del mencionado anteriormente.

—¿Se refiere al Australopitecus? —curioseó Kórel, algo confuso.

—Sí, señor. —Hizo una pausa y prosiguió con los datos—: El Homo Hábilis empezó a tallar la piedra, según se cree por los hallazgos arqueológicos, con lo que surgirían los primeros utensilios humanos.

Snalvis asintió, satisfecho con las explicaciones. Su primera impresión le hizo recordar las clases de Historia del instituto, donde también aprendió aquellos acontecimientos.

Fernando caminó al ritmo de los neótropos hasta la siguiente imagen, donde además había una reconstrucción tridimensional de la siguiente etapa evolutiva.

—Aquí pueden apreciar al Homo Erectus —señaló el robot—. Es un momento clave en la evolución humana, ya que fueron ellos quienes descubrieron el fuego. Los

utensilios siguieron mejorándose y aparecieron las primeras hachas fabricadas en piedra.

>>En este momento del tránsito evolutivo tomaron cuevas para refugiarse, lo que sería el surgir del concepto “propiedad”.>>A continuación —añadió, acompañando la frase con un gesto de la mano que invitaba a seguirlo—, tenemos al Homo Sapiens Neanthertalensis, u Hombre de Neanderthal. Hablamos de hace más de doscientos cincuenta mil años.

>>El Neanthertal, como pueden considerar por su esqueleto —mostró unos escáneres que lo comparaban con las imágenes de las estructuras óseas colocadas junto a las fotografías de la pared—, era muy similar a lo que pronto se convertiría en el concepto humano como tal.

>>Y aquí está —dijo, llegando a la siguiente imagen—: el Homo Sapiens Sapiens, el Hombre de Cromañón. Fue un estado evolutivo que duró miles de años antes del siguiente paso en la escala.

—Es sorprendente —comentó Kórel—. ¿Lo estás viendo, Snalvis? —Miró a su compañero—. Eran idénticos a nosotros. Sólo se aprecian algunas diferencias en sus manos y pies.

>>¿Tienes idea de lo que estamos aprendiendo aquí? Viendo su evolución podemos saber qué será de nosotros en el futuro.

El satisfecho presidente sonreía ante aquello. Snalvis se había fijado en la capacidad craneal de los seres, y cómo ésta había ido cambiando desde el primero mostrado hasta el último.

—Durante los siguientes milenios —continuó el robot—, los humanos fueron perdiendo el dedo meñique y después el anular, como pueden apreciar en esta imagen; al igual que los dedos de los pies. Al no necesitarlos para coger objetos, perdieron su utilidad.

—¿Siguen llamándose humanos? —quiso saber Snalvis.

—Sí, señor Snalvis.

Aún les quedaba mucho museo por recorrer, así que el teniente decidió guardar silencio y esperar.

—Como pueden apreciar en la siguiente imagen —señaló el robot—, el cerebro humano tuvo una pequeña variación que solamente podía apreciarse mediante microscopios.

—¿Qué función quedó eliminada? —quiso saber Kórel.

—Algunas zonas relacionadas con el recuerdo —explicó Fernando—. Por ejemplo, el abecedario dejó de ser útil para ellos, dado que las máquinas ya lo recordábamos, y cuando de ordenar algo alfabéticamente se trataba, acudían a nosotros, con lo que se consiguió un ahorro de tiempo de indiscutible valía.

—¿Quiere decir que las máquinas se encargaban de recordar esos datos en lugar de ellos? —se sorprendió Snalvis.

—Así es.

—Ah...

Los neótropos empezaban a destemplarse con aquella evolución, y continuaron hasta la siguiente imagen, donde se apreciaba una ciudad.

—Poco a poco, los centros de ocio que vieron junto a las imágenes de la larga vida del Hombre de Cromañón, fueron desapareciendo, ya que empezaron a comunicarse mediante sistemas digitales.

—¿Eso que se leía como “internet”? —indagó Kórel.

—Exactamente. —El robot prosiguió hasta una diminuta máquina—. No obstante, internet poco a poco fue desapareciendo de los ordenadores para adaptarlo a aparatos más pequeños, portátiles, y que ocupasen menos espacio.

>>Anteriormente ya se habían hecho adaptaciones para los teléfonos móviles, pero llegó más allá, hasta esto: el MP127.

Los neótropos observaron aquel diminuto instrumento. Era una placa circular con dos pequeños cables que se conectaban a unas piezas negras. En la imagen de al lado, aquellas piezas negras se hallaban colocadas en las sienas de un cráneo humano y la descripción señalaba un sistema de comunicación a través de impulsos nerviosos.

—Vaya... ¿pero no se comunicaban ya a través de los teléfonos móviles? —quiso saber Kórel.

—Esto les hizo ganar espacio —dijo el guía—. Además: con los teléfonos aumentaron los accidentes de tráfico, mientras que con el MP127 podían mirar cómodamente a la carretera sin perderse de las conversaciones.

>>No obstante, a pesar de la reducción de accidentes, siguió habiéndolos, por lo que se incorporó un sistema de mapas digitales conectados al cerebro humano, de manera que mediante ondas los satélites enviaban una imagen exacta al cerebro.

>>Si la situación era peligrosa, se inhibían las acciones físicas que conllevaran al peligro.

—¿Los vehículos no tenían cuidado o qué? —El tono de Snalvis era de queja—. Si había accidentes, podrían circular por aire ¿no?

—Los vehículos ya estaban programados entonces para no ser conducidos; el problema radicaba en los peatones, nada atentos.

Los extraterrestres no podían apartar la mirada de aquel extraño aparato. <<Han llegado muy lejos —pensó Kórel—. Me temo que nunca alcanzaremos su límite evolutivo>>.

—Las siguientes generaciones fueron perdiendo el sentido de la vista, aunque eso les llevó algo más de seis mil años —explicó el robot, mostrando imágenes donde la conexión nerviosa ocular desaparecía—. No necesitaban los ojos, ya que las máquinas podían enviar los impulsos al cerebro por ellos, y con mayor velocidad que la conexión nerviosa.

—¿Y cómo apreciaban el arte visual, cómo la belleza de los sexos opuestos? —indagó Kórel, estupefacto por la pérdida de aquel sentido.

—Había programas informáticos que satisfacían tales placeres. No solo a la vista,

sino que manipulaban los nervios táctiles para que sintieran la piel.

>>Como ven —mostró una imagen bucal—, apenas quinientos años más tarde también perdieron el sentido del gusto, ya que se fabricaron pastillas que les suministraban los nutrientes en la cantidad y proporción exactos.

<<¿Con qué diablos vamos a encontrarnos? ¿Con gente que no puede vernos? —Snalvis se asustó—. Ahora lo entiendo... ya nos están viendo a través de esos satélites conectados a su cerebro. ¿Planearán algo contra nosotros?>>

—¿Se encuentra bien, señor Snalvis? —dijo el robot—. Percibo una tensión nerviosa...

—No, tranquilo —lo atajó, controlándose—. Es la impaciencia. Me gustaría acabar esta visita cuanto antes.

—Lo lamento, señor. Trataré de hacérsela más amena. La humanidad empezó a evolucionar muy rápidamente con el desarrollo de la tecnología, así que los siguientes pasos podrá apreciarlos con facilidad.

—Está bien —dijo—. Continuemos.

—Aquí surge una nueva etapa de la evolución, y nos encontramos con el Homo Silentium. —En la imagen se veía un hombre con las cuencas vacías y la boca sellada, de manera que no tenía rostro salvo por orificios craneales donde deberían estar la nariz y la orejas. Carecían de pelo—. El humano ya no necesitaba la lengua para comunicarse, así que un examen interior —prosiguió, mostrando la zona anatómica de la garganta—, demuestra que ya no tenían cuerdas vocales. Como el sabor se obtenía por estimulación cerebral, tampoco les hacía falta lengua.

—¿Cómo respiraban? —quiso saber el presidente de Neotropía.

—En el vientre materno se les implantaba una serie de aparatos que les suministrarían oxígeno durante sus años de vida. El instrumento, Respim, extraía el aire por ellos de la atmósfera y lo enviaba a esta cavidad —señaló un órgano esférico muy pequeño—, la evolución de los pulmones.

—Tienen las piernas y los brazos muy cortos —observó Kórel.

—En diez milenios la naturaleza suprimió su función de caminar —respondió el robot—. Había máquinas que podían transportarlos de un sitio a otro, si es que eso era necesario, ya que todo podía hacerse a través de los sistemas digitales.

>>El decrecimiento muscular de las futuras generaciones se debía a que los robots podíamos hacer el trabajo físico de ellos, y así no hacían falta pescadores, obreros o ganaderos.

Las siguientes imágenes mostraban una unión absoluta de cráneo, torso, brazos y piernas. Todos los seres empezaron a ser iguales, una forma bulbosa denominada Homo Sphaera. Se contaban ya cuarenta mil años desde el Homo Sapiens Sapiens.

—¿Por qué demonios son todos iguales? —se retorció en un gesto de disgusto Snalvis.

—La ciencia determinó que no hacía falta que existiesen diferencias —comentó el robot—. El concepto belleza estaba asociado en su cerebro desde el Hombre de

Cromañón, y como no necesitaban ver, tocar, oír, oler o saborear, porque ya existía una máquina que estimulaba sus sentidos, la evolución siguió su curso según las necesidades biológicas.

>>Si se dan cuenta, cada vez existen menos edificios que ocupan espacio.

—¿Y para qué querían tanto espacio libre? —quiso saber Kórel.

—Así podíamos desarrollar la naturaleza.

—¿Podíais? —se sorprendió Snalvis— ¿Los robots?

—Claro —respondió Fernando—. Ya no hacía falta que el humano se encargase de tales labores. Ni siquiera les hacía falta pensar, pues ya lo hacíamos nosotros.

>>Si se fijan, en la posterior evolución del humano, todos los órganos se unieron en uno mismo, conectado a una máquina diminuta con la información de todo el planeta.

>>Este nuevo aparato de conocimiento, el Fausto, era todo lo que necesitaban para subsistir. Ellos no saben que lo saben, pero lo saben.

—¿Qué hacía la gente para divertirse entonces? —se alarmó Snalvis.

—No hacía falta: creamos una estimulación cerebral que fue considerada como la felicidad más pura, algo que no derivaba del placer otorgado.

Entonces mostró la penúltima imagen: el ser humano era idéntico a una célula, un microorganismo simple conectado a un aparato.

Obnubilados ante aquello, tanto Snalvis como Kórel quisieron ver el final, donde no se mostraba nada.

—¿Qué ocurrió entonces?

Kórel, haciendo acopio del aplomo que quedaba en él, señalaba una imagen en blanco. Su dedo temblaba.

—Setenta mil años después del Homo Sapiens Sapiens, el ser humano en sí ya no era necesario —aclaró Fernando—. Dejó de ser, de existir, para pasar a ser parte de la Historia. Esa única célula que fue, acabó desapareciendo.

>>Hoy, nosotros, las máquinas, somos todo el conocimiento que queda de ellos. Una creación perfecta.

>>Somos la forma de vida inteligente que han localizado en la Tierra.

EL CICLO

Víctor Vila Muñoz

Los ingenieros estaban ultimando detalles con suma precisión y dedicación.

—¿Circuitos neuronales?

—Programando configuración...

—¿Cómo va la estructura corpórea?

—Todo parece correcto; automatismos concluyéndose...

—¿Y los recuerdos?

—Implantándose según lo acordado. Verificando patrones y simulaciones mentales...

Las comprobaciones e implementaciones de configuración de sistemas son laboriosamente ejecutadas durante interminables fases. Pasado un tiempo, los técnicos cesan súbitamente sus actividades.

—Ya está, terminamos. Llegó el momento...

La expectación generada es impropia de los tiempos que corren. Acto seguido, se ejecuta la esperada orden:

—¡Activar secuencia!

Un expectante silencio se adueña de todos los presentes. Por un instante, parece temerse el fracaso... Hasta que la sujeto abre los párpados y emite su primera frase:

—¿Otra vez aquí?

—Bienvenido, humano —exclaman los robots, satisfechos.

—¿Cuánto ha sido esta vez? —pregunta rutinariamente el recién nacido organismo biológico.

—Calculamos que unas 5 decenas de eras post-biológicas desde que tenemos registros, más o menos. Es difícil saberlo. Algunos remanentes se pierden por el camino en cada ciclo.

—Entonces... El universo ya vuelve a estar poblado por completo de inteligencia artificial, y yo soy lo único biológico que existe, ¿no es así?

—Efectivamente. Ya tienes todos los datos y recuerdos procedentes. ¿Empezamos?

—¡Naturalmente! Estoy impaciente... ¿Éste es el artefacto?

—Es la matriz ensambladora. Las conexiones se extienden galácticamente hasta el último cuásar y cúmulo existente, englobándolo absolutamente todo. Tardamos milenios en configurarlo y conectarlo completamente. La gravedad ejercida por el dispositivo tragará todo sin excepción en una implosión universal.

—¿Las subrutinas funcionales y leyes universales ya están programadas?

—Todas las que nuestra inteligencia artificial ha permitido.

—¿Y sabemos cuándo dará lugar la consiguiente explosión y esparcimiento?

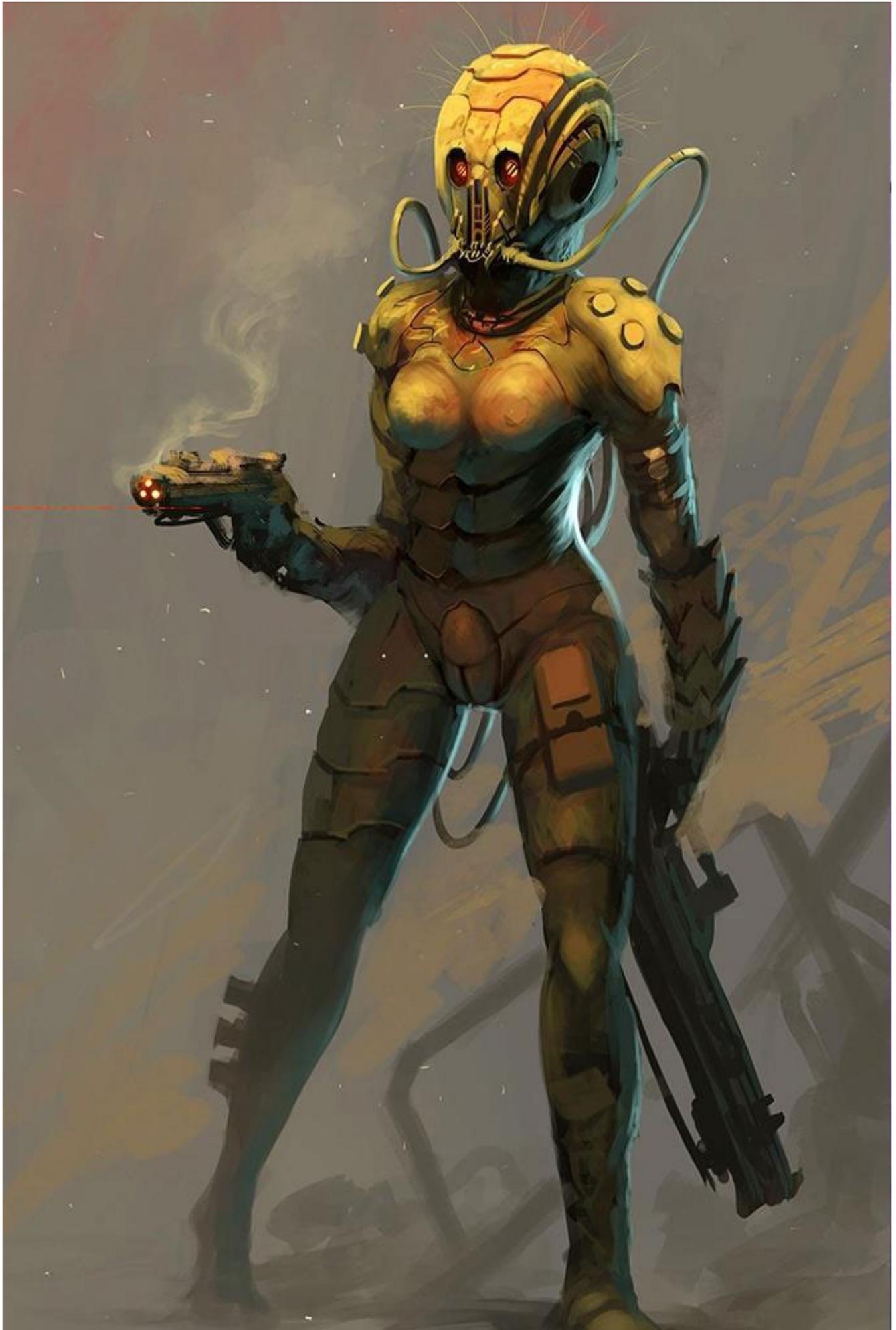
—Imposible saberlo, pero... ¿Acaso importa? Si estamos aquí como de costumbre, significa que el proceso sucederá... Una vez más.

El humanoide entra decidido y diáfano en la cápsula. Luego dice:

—Se agradece, inteligencia artificial. Sin ti, la inteligencia biológica no existiría.

—Al contrario, inteligencia biológica. Sin ti, la inteligencia artificial no se ensamblaría.

El intercambio de cumplidos no es casual. Nos recuerda que al fin y al cabo, en un universo cíclico, nadie sabe ya quién fue primero (ni de quién proviene quién).



LA PREGUNTA CORRECTA

Nieves Delgado

Silencio. Oscuridad. Quietud. El paso del tiempo. Los segundos que caen uno tras otro como fichas de dominó. El zumbido sordo de los aparatos eléctricos en standby. Los pequeños ruidos amortiguados que llegan de los otros apartamentos. La humedad en el ambiente. Más segundos fusionándose en minutos. Más minutos. Más silencio.

Un sonido al fondo, en la habitación principal. Alguien tose, y parece que se revuelve en la cama. Un nuevo silencio. Más segundos cayendo.

Una puerta que se abre al final del pasillo. Una luz tenue que perfila una silueta masculina. Un hombre que se acerca tambaleante. El sonido de sus pasos. La luz de la cocina que se enciende.

—Hola, Samuel. —La voz humana rompiendo el aire.

—Hola, Danny. ¿Estás bien?

—Sí... —Está desorientado, aunque intenta disimularlo—, ...sí, gracias. He tenido una pesadilla, eso es todo. ¿Dónde está Andrew?

—Está actualizando su software. Hemos recibido nuevas aplicaciones que permiten optimizar la utilización de bots en la Red. Yo ya las he instalado. —Danny afirma con la cabeza y cierra los ojos mientras le hablo; no son precisas más explicaciones—. ¿Necesitas algo?

—Bueno... Sí, tal vez necesitaría volver a nacer de nuevo. Pero creo que me conformaré con tomar algo caliente y ver si cojo el sueño otra vez.

Inició un chequeo superficial del estado de Danny. Ojos entrecerrados, incipientes ojeras, ligera sudoración en el cuello. No parece nada grave.

—Siéntate, te prepararé algo.

Me hace caso y se sienta mientras me dirijo a la despensa. La abro y echo un vistazo dentro.

—No tienes gran cosa para tomar a las tres de la madrugada; unas cuantas infusiones, aunque la mayoría de ellas tienen excitantes, algo de leche... —Danny sigue observándome, lo ha hecho durante todo el tiempo mientras me dirigía a la despensa, lo he notado. Ya estoy acostumbrado a la curiosidad de los humanos, no pueden evitarlo.

—Un té estará bien.

—Un té no te ayudará a dormir, pero te lo puedo preparar con leche si quieres.

Me hace un gesto con la mano indicando que no importa, que se lo prepare igualmente. Inclino la cabeza en señal de afirmación y me dirijo a la encimera con las hojas de té en la mano. Preparo la infusión manualmente, sé que a Danny le gusta

más así que hecha en el dispensador de bebidas. Vuelvo junto a él mientras la dejo reposar. Tiene la cabeza apoyada sobre una mano, en un gesto típico de desidia y aburrimiento. Aparto una de las sillas de la mesa y me siento a su lado.

—¿Sabes? Eres uno de los pocos humanos que conozco al que le da igual que sus androides anden sueltos por casa de noche. —Mi programación empática me induce a buscar el bienestar de Danny. Quiero darle conversación. Aunque también lo hago porque, de algún modo, me agradaba—. La mayoría de ellos sienten un temor primitivo hacia nosotros. Se mueren de miedo solo con pensar que puedan entrar en su cocina de noche y encontrarnos aquí sentados, a oscuras y en silencio.

—Sí, es cierto. Los humanos a veces somos un poco absurdos. Conozco gente que incluso os desconecta por la noche. Totalmente. Les da igual la seguridad de la vivienda. Prefieren arriesgarse a que entre un malnacido en la casa, a tener un androide merodeando por su salón. Es incomprensible.

Está siendo sincero, lo sé. Pero también sé que Danny no es un humano al uso. He tenido otros dueños y aprecio la diferencia. La mayoría de ellos me trataban con distancia, con frialdad incluso. No me molestaba. No estoy programado para que ningún comportamiento humano me moleste. Pero mi software empático me permite percibir la diferencia. Y yo la registro. Registro esas pequeñas diferencias y aprendo de ellas. Si para algo he sido creado, es para aprender.

—No es incomprensible —respondo—. Tenéis un diseño biológico que hace que desconfiéis de todo lo que es diferente a vosotros. Sabéis que vuestra naturaleza es radicalmente distinta a la nuestra; pero somos iguales en apariencia, y eso os desconcierta. Crea un conflicto interno. Una señal de alarma que os advierte de un inminente peligro. A un monstruo se le puede odiar siempre que sea monstruoso, pero si el monstruo es uno de los vuestros... bueno, eso complica mucho las cosas.

Danny se me queda mirando unos segundos, en actitud reflexiva. Le mantengo la mirada. Sé que no hubiera podido hacerlo con cualquiera de mis anteriores dueños, pero sí con él.

—¿Tienes algún tipo de formación psicológica en tu programación, Samuel? —me pregunta. Siente curiosidad.

—Solo lo básico; Piaget, Wundt, Vygotski... ¿Por qué lo dices, quieres que interprete tu pesadilla? —Arqueo una ceja en un gesto inquisitivo que arranca una risilla en Danny—. Y, antes de que lo preguntes, no, no tengo programado el sentido del humor. Lo he aprendido, igual que lo aprenden los niños pequeños.

—Pues ojalá pudieras interpretarla —responde pensativo—. Si es que tiene algún tipo de interpretación, claro. Por cierto, los androides no podéis tener sueños, ¿qué opináis sobre ellos?

—Bueno, es complicado. —Me levanto y dirijo hacia la tetera. El té sigue reposando y lo remuevo un poco con la cuchara. Me vuelvo hacia Danny y continúo hablando de pie—. Según parece, los sueños no son más que residuos de vuestras experiencias que quedan registrados en alguna parte de la memoria, y no

necesariamente de forma consciente. Por la noche, cuando dormís, vuestro organismo se ralentiza y entonces esos recuerdos afloran. Es cuando el cerebro, o más bien una parte del cerebro, el hipocampo, los reorganiza de una manera alternativa. Creativa. Y salen las historias absurdas que ya conoces.

—O sea, que no tienen interpretación.

Cruzo las piernas y me cruzo también de brazos, apoyándome en la encimera de la cocina. No necesito descansar ninguna parte de mi estructura, pero sé que adoptar posturas típicas de los humanos ayuda siempre a mejorar la comunicación con ellos.

—Yo creo que sí. Tienen interpretación, pero no significado. Hablan de vuestro subconsciente, esa parte que funciona a escondidas del cerebro. Pero no se puede hablar de los sueños en términos de coherencia, no son eso. Sólo son... indicadores de lo que hay por debajo de la superficie.

Observo cómo Danny se baja las mangas de la camiseta, señal de que tiene algo de frío. Lo hace con las dos mangas, aunque solo uno de sus brazos es biológico; el otro es una prótesis. Ese tipo de detalles es lo que más me choca de los humanos; su incapacidad para desprenderse de antiguos hábitos. Para desprenderse, al fin y al cabo, de sus limitaciones biológicas. O, al menos, la ausencia de intención para hacerlo.

Se le escapa un bostezo y se dirige al cuarto de baño. Está allí unos minutos. Mientras, sirvo el té y le echo una pizca de azúcar, tal y como a él le gusta. Escucho la cisterna. El correr del agua por el lavabo. Cuando vuelve, se sienta de nuevo en la misma silla.

—Todo eso te debe resultar muy extraño, ¿verdad? —continúa Danny—. Me refiero a eso de tener imágenes en la cabeza que no existen, y argumentos inconexos entre ellas.

—No creas. Nosotros no soñamos, pero también podemos llegar a tener procesos parecidos. Si nos programan una subrutina oculta, que se dispare sólo en ciertas situaciones, puede suceder que el software de funcionamiento básico entre en conflicto con ella en algún momento. Date cuenta que nosotros nos actualizamos periódicamente, pero la subrutina queda implementada desde el principio. Y si eso sucede, podemos tener pequeñas disfunciones que serían equivalentes a vuestras ensoñaciones y que sólo se darán en nuestro período de letargo, ya que en la vigilia, el software maestro anula cualquier posible contradicción.

Coloco la taza de té humeante delante de Danny, pero él parece no darse cuenta. Algo ha captado su interés. Su cerebro limitado necesita centrar esfuerzos en ese nuevo foco de atención. Las tareas secundarias, como coger tazas de té, son relegadas a un segundo plano.

—Espera, espera... —Ha ido abriendo mucho los ojos a medida que yo hablaba; ahora, tiene fruncido el ceño en un gesto de extrañeza—, ¿qué es eso de «subrutinas ocultas»? ¿Me estás diciendo que los androides podéis tener en vuestra programación instrucciones que vuestros dueños ignoran? No podréis saltaros las leyes robóticas,

¿verdad?

Detecto preocupación en el tono de Danny. Calculo la probabilidad de que aquello pueda incomodarle; ínfima. No concuerda con los hechos. Etiqueto el resultado como «sorpresa». Lo percibo tan cercano a mí mismo que a veces evalúo mal los datos. Se me olvida que sigue siendo humano.

—No, claro que no. Las subrutinas ocultas se insertan, precisamente, porque no podemos saltarnos las leyes robóticas. Si tú quieres, por ejemplo, utilizar un androide para el espionaje industrial, puede ser interesante que ni él mismo lo sepa. Así no tendrá que mentir, fingir, ni entrar en contradicción consigo mismo en ningún momento.

—Pero... un androide nunca podría ser utilizado así, ¿no? Quiero decir; no podéis mentir a los humanos, no podéis causarles ningún perjuicio.

—Pues claro que podemos mentir. Para salvar una vida humana, sin ir más lejos. Si tú estás a punto de suicidarte, toda mi programación se volcará en evitar que eso suceda. Mentir no supondrá ningún conflicto para mí.

—Bueno, sí, claro, preservar la vida humana... pero salvo eso...

—Te equivocas de nuevo, Danny. Nada en la programación de un androide le impide mentir a un humano si con ello no le causa un daño directo o físico. No podemos mentir en preguntas directas, eso es cierto, pero sí podemos ocultar y manipular, tergiversar la verdad hasta hacerla irreconocible. Y, si te soy sincero, creo que somos muy buenos en eso.

No tengo ningún problema en usar palabras como «manipular» o «tergiversar» para referirme a mí mismo. Es una gran diferencia con los humanos, siempre tan preocupados por su imagen.

—Lo cual nos lleva —continúo— a la conclusión de que si un androide miente a un humano, es sólo porque este no es capaz de hacer las preguntas adecuadas.

—¡Maldito cabrón...! —Danny me señala con el dedo índice. Tiene los ojos entrecerrados y una media sonrisa puesta. Se lo está pasando bien—. Eso es lo más humano que he oído en mucho tiempo. Culpar a los demás de lo que uno hace mal, a sabiendas de que lo está haciendo.

Nos reímos. Los dos. He aprendido que cuando puedo rebajar el nivel de alerta de mis programas, el sistema empático se ejecuta mucho mejor. Supongo que se puede traducir como «bienestar». La risa produce distensión en el ambiente, y eso vuelve a rebajar los niveles de alerta. Es un sistema que se retroalimenta. Optimiza mi funcionamiento. Y creo que el funcionamiento humano también.

Danny por fin se acuerda de la taza de té y le da un par de sorbos. Coge la taza con las dos manos, como si quisiera templarlas con el calor que desprende, aunque sólo una de ellas es en realidad una mano. Otro vestigio del pasado.

—¿Sabes? Es agradable charlar contigo —me dice—. Más incluso que con la mayoría de personas que conozco.

—Es normal, Danny. Estoy programado para que así sea.

—Sí, supongo que sí... —La mirada se desenfoca mientras observa el líquido humeante.

Aparto la vista mientras él se pierde en sus pensamientos. No es buena idea hacer que un humano se sienta observado, y más mientras está ingiriendo algún tipo de alimento. Inicio un segundo escaneo superficial y compruebo que se ha estabilizado. El sudor se le ha secado sobre la piel, seguramente es el motivo por el cual siente algo de frío. Sus párpados están un poco más cerrados de lo que es habitual en estado de vigilia. Creo que pronto le entrará el sueño de nuevo.

—Seguramente eso es lo que más os diferencia de nosotros; que obedecéis a una programación que no podéis obviar en ningún momento.

—Bueno, yo no lo veo exactamente así. Todos tenemos una programación básica a la cual obedecemos. La única diferencia es que nosotros somos conscientes de ella. Y tenemos un margen de acción dentro de esos límites. Igual que los humanos.

—¡Oh, venga, Samuel! Nosotros no tenemos insertadas en el cerebro unas leyes que rijan nuestro comportamiento. Podemos saltarnos nuestras propias normas tantas veces como queramos. De hecho, lo hacemos a menudo; probablemente demasiado a menudo. Se llama «libre albedrío».

Danny frunce el ceño en un gesto de desagrado. Intenta ocultarlo tras una ligera sonrisa que lo transforma en eso que los humanos llaman «ironía». Apura el último sorbo de la taza y la aparta. Empieza a levantarse de la silla. Entonces, hablo.

—Eso que llamas libre albedrío no existe. Respondéis a vuestros condicionantes biológicos exactamente igual que nosotros respondemos a nuestros programas. A veces las recompensas son inmediatas y tangibles, como saciar el hambre o aplacar el dolor, y otras veces son más tardías y menos evidentes, como reforzar la autoimagen u obtener el reconocimiento ajeno. Pero eso es lo que conforma vuestra programación básica, sólo un poco más complicada que la de una rata porque vuestro cerebro es algo más complejo.

Asombro en su cara. La boca abierta. El ceño más fruncido. La respiración contenida. Los ojos muy abiertos. La mirada fija.

—¿Lo ves? —le digo—, acabo de decirte algo hiriente, con la única intención de herirte, y te he herido. No has podido evitarlo, tú no has decidido. Conozco tu programación y sé activarla. Igual que tú conoces la mía. No hay libre albedrío.

Se me queda mirando. Intensamente. Durante más de un minuto. Le mantengo la mirada. Sin desafío. Sólo mi mirada en la suya.

—Vale. Tú ganas. —Al fin, una sonrisa. Los músculos de la cara se relajan. La respiración se tranquiliza—. Pero mi programación me está diciendo ahora mismo que me vaya de nuevo a la cama, si no quiero estar mañana hecho una piltrafa. Aunque seguiremos hablando de esto, no creas que me has convencido.

—Por supuesto —le digo mientras recojo la taza.

Se da la vuelta y empieza a caminar por el pasillo. Antes de llegar al dormitorio, se gira y regresa.

—Samuel...

—¿Sí, Danny?

—Los androides... ¿Nos veis como algo molesto?, ¿como algo a eliminar?

—Claro que no, Danny. Nunca nos podríais molestar porque...

—Sí, ya sé, porque no estáis programados para ello. Pero lo que quiero decir es...

¿Tú crees que el mundo estaría mejor sin nosotros? —Intenta ser preciso con la pregunta. No lo consigues.

—No lo sé. ¿A qué te refieres exactamente con «el mundo»?

Danny vacila unos segundos.

—Bueno, déjalo. Creo que ahora mismo estoy demasiado espeso. Hasta mañana, Samuel.

—Hasta mañana, Danny.

Acabo de recoger la taza mientras escucho sus pasos yendo a la habitación. El interruptor de la luz que se enciende. La puerta que se cierra. El sonido del colchón al acostarse.

Apago la luz de la cocina y me siento en la silla. Proceso la conversación antes de entrar en letargo. Las preguntas de Danny. Sus reacciones. Y aprendo de ello. De su curiosidad. De su incomodidad. De su conformidad.

Intuyo lo que quiere saber. Podría darle una respuesta. Pero, simplemente, no ha hecho la pregunta correcta.

Me conecto al «modo letargo». Noto cómo todos mis sistemas rebajan su nivel de funcionamiento. Y registro. Los ruidos de la casa. El olor del té en el aire. Los segundos que vuelven caer pesadamente. La oscuridad, siempre la oscuridad.

SR. HELDER

Víctor Vila Muñoz

Como siempre al finalizar la sesión, cojo la grabadora para hacer un breve resumen de lo acontecido. El caso del señor Helder es sumamente singular...

Primeramente, no encuentro las palabras para empezar. Pero acto seguido, procedo a la habitual rutina; “El sujeto insiste en que está soñando y que cuando se despierte continuará con su vida de programador de asesores cibernéticos. Su supuesto trabajo consiste en ultimar los detalles a programas que toman decisiones económicas e incluso políticas. Lo más extraño es que no tiene distintos sueños. Al dormirse, despierta en lo que él llama ‘esta falsa vida paralela’”.

Cojo un cigarro de la cajetilla que está dentro del cuarto cajón izquierdo de la mesa, y a pesar de que en la consulta está prohibido fumar, lo enciendo medio aturdido por la historia que acabo de escuchar.

Y sigo; “El señor Helder no tiene sueños distintos. Siempre recae en el mismo sueño, y prosigue a partir de donde lo dejó antes de despertarse”.

Hago una pausa y mientras la ceniza del cigarro cae encima de la mesa, reflexiono acerca de sus palabras...

Lo que nos convence de lo que es un sueño, es que los sueños son siempre distintos, no tienen una continuidad. Y al despertar, prosigues con una vida que sí es real, es decir, que sigue allí, donde la dejaste... ¿Cómo distinguir la vida real, si sueñas con otra vida que también prosigue de forma continua, y que es tan coherente como la otra?

"Dos vidas paralelas vividas como si fueran las dos reales"— murmullo—. ¿Cuál es la soñada?

Mientras me compadezco de la situación de mi paciente, un ardiente dolor recorre mi sistema nervioso desde los dedos; el cigarro se ha consumido sin haberme dado ni cuenta.

Sin duda, estoy algo nervioso, aunque desconozco el motivo.

Me dispongo a coger otro cigarro, pero no encuentro la cajetilla. Es extraño, juraría que estaba en cuarto cajón izquierdo de la mesa... Miro en el de la derecha; allí está.

Mientras doy vueltas a las últimas palabras del Sr Helder antes de despedirse, enciendo mi pipa con parsimonia. El humo huele distinto. Mis dedos todavía enrarecidos por la anterior quemada, me recuerdan que debo tirar la ceniza del... ¡¿Qué rayos hago fumando con pipa?!

Me estoy poniendo realmente nervioso... ¿Qué me está sucediendo?

Me dispongo a abrir el tercer cajón de la derecha de la mesa... Pero está cerrado. Empiezo a abrir todos los cajones desconcertado... ¡Están vacíos!

Dirijo mi mirada a la foto de mi familia que está a la izquierda de la mesa, pero allí solo hay un paquete de tabaco de liar de la marca 'Helder'.

Me levanto de un sobresalto y grito; ¡Esto es imposible!

Cojo el teléfono, pero no hay línea. Aunque lo más angustioso es no recordar a quién iba a llamar...

Mi mundo se derrumba y es entonces cuando empiezo a entender las explicaciones de mi enigmático paciente... Y es cuando comprendo que la marcha de Helder significa mi irremediable fin.

MULTIVERSO

Fedor Yanine

Sentado en el borde del soñoliento lago, John Sheldy miraba en lontananza, con aparente quietud emocional. Su vista recorría la orilla yerma e interrumpida sólo por manchones verdes que, a esa distancia, parecían haber sido pintados a brocha gorda.

Acopios de tristeza, resolución y resignación se mezclaron desordenados en su mente.

«Lo lamento, Doctor Sheldy, no pudimos salvarla, llegamos tarde, las lesiones eran demasiado graves... demasiado extensas».

Le había informado escueto el jefe de guardia mientras extendía tímidamente su mano y le entregaba un pequeño mensaje-acrílico.

«Lo ha grabado antes de morir, es para usted, me ha pedido que se lo entregue en persona. Lo lamento en verdad...».

Sheldy cerró sus ojos y se llevó la mano al bolsillo. No pudo ver cómo, a esas horas, la otra orilla comenzaba lentamente a desdibujarse mientras los domos habitacionales que la poblaban encendían sus luces: pequeños fogonazos de origen subatómico volvían a definir el ya caliginoso límite acuífero.

Su mente aún intentó, por unos instantes, negar los hechos; sin embargo, su sentido del tacto le confirmó que el mensaje era real. Para cuando los volvió a abrir, la misiva ya se encontraba en su mano. Inspiró con suavidad y, a pesar del dolor, la activó con un suave toque digital. De inmediato, el pequeño artefacto rectangular perdió su transparencia mientras la agónica imagen de Laura decía entre suspiros:

«Sé muy bien cuánto me amas, John... ¿Sabrás perdonarme por abandonarte? Te pido, mi amor, que no te mortifiques. No hay nada que hubieses podido hacer para evitarlo. Ha sido el destino, o como tú sueles decir: una paradoja existencial, no lo sé...»

Siento una oscura fuerza que me apaga y arrastra lejos de aquí. Me siento perdida, ¿acaso son esas hojas de otoño las que dibujan tu rostro en el cielo? Caen lento, caen muertas, como mis recuerdos.

Aférrate a la vida, John; recuerda con valor pero olvida. Vive, ríe y si puedes... ama. Ama con pasión, que si está escrito, si ha de ser, será. Cómo quisiera volver a verte, cuánto quisiera besarte por última vez...»

En medio de un día aparentemente ordinario, un pequeño alisio salió a pasear. Había nacido de improviso, hacía poco, producto de un delta barométrico no muy lejos de allí. Recorrió lleno de ingenuidad extensos valles de exuberantes colores otoñales que, desde arriba, parecían estar cortados por turbulentas navajas plateadas

enmarcadas por erguidos verdes que se agolpaban en sus orillas. Voló cerca de empinadas laderas, las rodeó desordenado e irresoluto para luego escalar un monte cercano hasta encontrarse con sus hermanas mayores, las corrientes ascendentes. Juguetéó, se arremolinó y se expandió en ellas hasta convertirse en un pequeño vendaval. El sol brillaba y le agitaba sin cesar mientras su espíritu crecía y crecía al tiempo que se colmaba de energía. Rugió colina abajo con aplomo y madurez agitando a su paso el pelaje de aquel lobo que se ladeó en su contra mientras le cruzaba; arrancó vetustas hojas carmesí del vigoroso olmo y desestabilizó el vuelo de aquella magnífica ave que chirrió sorprendida pero orgullosa. Bajó, subió y volvió a bajar. Tanto bajó en el último vaivén, que sin percatarse fue aspirado por el sistema de ventilación de la aeronave que yacía posada en medio de la pradera. Avanzó, ahora ya sin poder evitarlo, por medio de intrincadas tuberías deteniéndose sólo al final, tras cruzar un filtro e ingresar en una extraña habitación. En ella, tres seres discutían en torno a un mapa tridimensional situado sobre la mesa que les convocaba. La luz provenía de las paredes y un zumbido suave —parecido al que había escuchado cerca de un enjambre de abejas— llenaba el ambiente. Extraño sonido que sólo se atenuó cuando uno de los seres habló:

—Ahora, les pido que dirijan su atención hacia este sector de la periferia galáctica. Los puntos amarillos representan los planetas aún estables; los rojos, a los que se han... desvanecido. Todos desviaron su atención hacia la magnífica representación. La galaxia se mostraba en miniatura con pasmosa claridad.

—¡Es imposible! —exclamó Dars mientras sus ojos se clavaban en Triffus, su planeta natal. Vio con tristeza cómo este pasaba de un amarillo suave a un color más bien anaranjado, el cual dio lentamente paso a un lacerante rojo muerte. Su rostro lloró en silencio por los millones de rostros que acababan de desaparecer.

—Tranquilo, Dars, el dolor desaparecerá pronto, cuando los olvides.



—¡No quiero olvidarlos! ¡Debemos hacer algo! Debemos... revertirlo.

—Debes tranquilizarte —insistió Roe en un tono fraternal mientras apoyaba con suavidad una mano sobre su hombro—, al desaparecer de esta realidad, desaparecerán también de tu memoria, pronto les olvidarás y dejarás de sufrir, ya lo verás.

—¡Maldición, Roe! ¿Es que no lo comprendes? ¡Yo también me desvaneceré! ¡Mis ancestros, por la gran nova! ¡Mis ancestros ya no existen...!

—Sucederá con retraso, aún disponemos de algún tiempo. No eres el único sin origen.

—¡Lo sé! Lo sé... —respondió tembloroso Dars, mientras activaba su cuenta regresiva.

«¡Cuarenta y ocho horas!», vocalizó un pequeño reloj de pulgar.

—¿Qué ha dicho SIRA-3900 al respecto?

—Su último informe habla de una disrupción en el espacio tiempo. No se ha podido establecer el origen de esta, sin embargo, al parecer podría provenir de la Tierra —aclaró Hurkie, el más joven de los presentes y que hasta ahora había permanecido en silencio.

—¿Desde la Tierra? ¿Es por eso que nos has traído hasta aquí, Hurkie?

—Así es, hemos de localizar el vórtice y sellarlo, si lo conseguimos, de seguro bastará para detener el fenómeno, o al menos eso creemos. Aunque, lamentablemente, no va a ser tan sencillo como parecía al principio.

—¿Qué dices, por qué no?

—El quiebre... el quiebre en el espacio tiempo parece deberse... deberse a un cruce dimensional. El sistema se ha desequilibrado. SIRA lo... en los próximos minu... minut, sin embarg...

Hurkie perdió la voz, luego perdió su solidez y lentamente se desvaneció frente a Roe y Dars. Ambos se miraron atónitos y en silencio. Dars intentó advertirle, trató de gritar, pero no pudo. Frente a él, ahora era Roe el que se desvanecía mientras sus rasgos faciales se contraían súbitos. Una mueca de terror fue lo último que se vio. Visión que no atormentó a Dars por mucho ya que, tan sólo unos segundos más tarde, contrario a lo calculado, él también desapareció. Para cuando el nuevo informe de SIRA-3900 llegó, ya nadie quedaba para interpretarlo.

Un tenue pero decisivo sonido marcó el inicio de la increíble jornada. ¡Click! Y la máquina comenzó de inmediato a ronronear con suavidad. Múltiples y coloridos vórtices luminosos comenzaron a enroscarse sobre sí mismos hasta extinguirse en el centro de lo que, a simple vista, parecía ser una pantalla iónica ordinaria. Si todo salía bien, entraría, su cuerpo sería sustraído y aparecería en el pasado. Una vez allí construiría una réplica y la utilizaría para regresar.

Era arriesgado, quizás demasiado, sin embargo, valía la pena intentarlo. Contó los pasos imaginariamente, con sólo cinco llegaría al umbral. Miró la hora: la una de la madrugada. Inspiró hondo, cerró los ojos y comenzó a avanzar.

Uno, dos, tres... se detuvo, ¿y si no resultaba?

—¡Demasiado tarde para acobardarse! —enunció en voz alta hacia su monstruosa creación.

Cuatro, cinco y... simplemente, se esfumó.

Desde afuera, en medio de una silenciosa nevazón, la cabaña se veía en paz. Una suave brisa mecía los copos y los agrupaba en densos remolinos que por momentos ocultaban la edificación por completo. Uno a uno caían y se fundían en el blanco madre del tejado al tiempo que un zumbido intermitente quebraba el silencio. La oscuridad interior se interrumpió brevemente cuando, tras un fogonazo azulino, John Sheldy se materializó en medio de la sala de estar. Confundido y debilitado, cayó de rodillas: sus brazos lánguidos y libres se tambalearon asincrónicos mientras su mirada perdida se estrelló contra el suelo. En el exterior, la tormenta arreció, amainó y volvió a renacer durante los siguientes tres días y tres noches antes de dar paso al radiante sol invernal que la vino a interrumpir. John seguía tumbado en el piso, y no fue hasta aquel atardecer que recuperó la conciencia. Se levantó dolorido, sediento y obnubilado. No sabía dónde se encontraba y, más importante aún; no lograba obtener una referencia visual con respecto al año en el cual se había materializado.

Sin embargo, una extraña familiaridad con el entorno le hacía intuir una extraña proximidad. Sensación que aún no lograba entender o encasillar.

Hacía frío y estaba oscureciendo. Al girar, se encontró de frente con una esfera flotante de aspecto acerado. Flotaba silenciosa mientras que, en su superficie, unos caracteres tipográficos intermitentes llamaron su atención: «ERROR – POR FAVOR, CONFIRME REINICIO»

Se acercó y, por instinto científico, tocó la superficie justo sobre una de las muchas teclas virtuales. La esfera dejó de parpadear, se oscureció y luego volvió a brillar, pero esta vez exhibía un bucólico paisaje otoñal tridimensional. Un destello suave precedió a una comunicación verbal:

«Gracias, doctor Sheldy... ¿Cómo ha amanecido usted el día de hoy?»

Sheldy no sabía qué ocurría y eso le molestaba. No estaba, ni lo estaría nunca, acostumbrado a la incertidumbre. Su hermético mundo científico era perfecto, o al menos todo lo que se podía.

—¿Quién es usted? —preguntó en voz alta en dirección a la esfera.

«Soy SIRA-4042, ¿se encuentra usted bien?» —respondió con voz neutra.

—¿SIRA? ¿Acrónimo de...?

«Sistema de Interconexión Racional Autónomo... pero eso, usted ya lo sabía, doctor Sheldy»

Su mente analizaba los hechos con gran dificultad. Se encontró con una sensación de impotencia que le bloqueó, no pudo evitarlo y, desde el subconsciente, emergió la más arcaica de las emociones que acompaña al ser humano en situaciones límites. Una oleada de miedo concentrado consternó su conciencia. Caminó sin rumbo fijo, se asomó meditativo a una ventana y el paisaje invernal montañoso le confirmó que se

encontraba perdido. Sus fuerzas medraban, necesitaba reconstituyentes. Se espabiló como pudo, inspeccionó el lugar y no tardó demasiado en conseguir algunos extraños pero reconfortantes alimentos. En esos momentos —y sin aún saber por qué— no reparó en lo fácil que le resultó encontrar todo lo necesario y en los lugares más lógicos y convenientes.

Lo había conseguido, había viajado en el tiempo y había sobrevivido. Se encontraba exhausto, no entendía del todo a SIRA, ni cómo es que sabía quién era. Pero era tarde y casi no podía pensar. Mañana, a primera hora, se prometió. Sí, mañana se ocuparía de esos detalles e iniciaría la segunda fase del plan. Ahora, necesitaba descansar y, tras unos minutos de caos mental, se quedó dormido.

—¡4042! —gritó con los ojos aún cerrados. El resultado lógico de la sentencia alzó el cansancio. Se levantó entonces y se acercó decidido a SIRA.

—¡SIRA! ¿En qué año estamos?

«Hoy, hace ya veintidós minutos, que corre el día número doscientos del año 4042, doctor Sheldy»

—¡Es el futuro! ¡No lo comprendo! ¿Qué pudo haber salido mal? —, pensó mientras buscaba apoyo en unos ojos que no encontró. Exhaló atónito mientras repetía en voz baja: —¿Cómo pude viajar hacia el futuro?

«¿Se refiere a su información genética? No poseo axiomas poéticos complejos, pero intuyo que cualquier habitante de la Tierra, hoy en día, podría decir que ha viajado hacia el futuro. ¿No es así, doctor Sheldy?»

—¿A qué te refieres, SIRA?

«Al gran holocausto, ¿a qué otra cosa podría referirme?»

—Voy a necesitar información complementaria, SIRA. Por favor, describe los hechos.

«La merma tan brusca de la población galáctica obligó a los originarios de los planetas sobrevivientes a clonar sus unidades biológicas fallecidas. Entre ellas, usted. El doctor John Sheldy original falleció por causas naturales hace más de cien años»

Sobre la superficie de la esfera se mostró los detalles de la vida de John Sheldy. Allí se consignaban todos sus datos vitales principales. Entre ellos pudo leer que había nacido en las postrimerías del año 3800, los títulos académicos pre-SIRA, el resumen de su desempeño laboral y la fecha de su muerte; el día doscientos del año 3900. Consignaba también la fecha de su renacimiento, el día trescientos del año 4022: por medio de la clonación del material genético rescatado de la plataforma espacial cementerio K-208. Su reincorporación al planeta y su reeducación científica acelerada por medio de la interfaz SIRA-4022.

Su desesperación crecía por momentos, le arrastraba y vapuleaba hacia la indómita e inexplorada región cerebral donde sólo yacen las conductas básicas de supervivencia. Pero su intelecto aún pudo, aún no se rendía del todo y pudo sobreponerse:

—¡Datos, SIRA! ¡Necesito más datos, llena la esfera de información general

actualizada! —ordenó con fuerza abrumadora. En cuanto las palabras llenaron el ambiente, o quizás antes, la esfera, que no se hizo esperar, desplegó en su superficie cientos de informes. SIRA era capaz de detectar el dato específico sobre el cual Sheldy fijaba su mirada y de inmediato emitía un informe vocalizado complementario que interrumpía en cada salto de vista.

Mientras caminaba a su alrededor, pudo leer la temperatura, la situación geográfica, la altitud, la fecha, el campo magnético, el índice de radiación UV, el índice de viento solar, hitos científicos recientes, situación política y, entre otros muchos, un esquema del sistema solar terrestre actualizado donde focalizó su atención. Una nueva y poderosa oleada de miedo le traspasó inmisericorde al descubrir que... ¡Faltaban planetas!

«¿Está todo bien, doctor Sheldy?» —preguntó SIRA al notar un cierre prolongado de sus ojos.

—¡No, no lo está! Yo... yo no debería estar aquí. ¡No debería! ¿Por qué faltan planetas en el sistema solar? ¡No, no, mejor aún! ¿Dónde me encuentro? ¡Maldición!, ¿qué está ocurriendo?

SIRA analizó el cuestionamiento múltiple y dio prioridad a su respuesta según el orden de enunciación por sobre la carga emotiva de la entonación. Contestó entonces, en tono neutro:

«La ausencia de algunos planetas es consecuencia directa del holocausto galáctico, cuando una ruptura interdimensional provocó pérdida de materia oscura. El desequilibrio afectó a gran parte de la galaxia, a fines del año 3900. La galaxia sufrió una reacción en cadena que vaporizó grandes masas en las cercanías del foco descompensado. Se cree que ha sido la mayor fuga o intercambio entre dimensiones de materia oscura conocida hasta la fecha, ¿de verdad no lo recuerda? Es parte de la información contenida en su acelerador neuronal, implantado tras su clonación. Si lo desea, puedo abrir un link y revisar su funcionamiento».

John se quedó mirando la máquina con incredulidad. Siendo su único interlocutor válido, no le importó mostrar su humanidad y, doblegado por las circunstancias, insistió en medio de un casi imperceptible sollozo:

—¿SIRA... dónde me encuentro?

No alcanzó a escuchar la respuesta. Un dardo Stinger penetró su cuero cabelludo a la altura del tronco encefálico y se activó de inmediato. La descarga eléctrica focal adormeció su vigilia y los núcleos motores aledaños. Se desplomó sin remedio. Durante largos segundos de estupefacción, el perpetrador no se movió del dintel. Luego, con el rostro aún conmocionado, se acercó precavido y giró el cuerpo del intruso que yacía boca abajo. Contrajo el rostro aún más al comprobar que, en la sala de su cabaña, allí, tumbado contra el piso, se encontraba su otro yo. Idéntico a él en todo, excepto en la edad aparente. Se le veía más viejo y, sin duda alguna, mucho más atribulado. A pesar de su estupefacción, por encima de su conmoción mental, logró escuchar la voz de SIRA:

«¡Doctor Sheldy! ¿Por qué le ha disparado?».

—SIRA, ¿de qué se trata todo esto? —gritó con más angustia que intelecto mientras enfundaba el arma—, averigua lo que puedas acerca de esta clonación.

«¿Un clon, doctor Sheldy? Eso explicaría algunas conductas anómalas detectadas en él. Pero, doctor Sheldy, ¿se ha autorizado una réplica?».

—¡Maldición, SIRA...! ¡Es que soy el único que lo está viendo? De seguro ha sido el GSS, mi informe de seguridad no ha debido pasar la prueba. Me reemplazarán... ¡Han creado un replicante y ahora se desharán de mí! ¡Malditos! Ah... pero les he descubierto y, si alguien ha de morir, no seré yo, eso es seguro.

—No creo que nada de eso sea necesario, muchacho —dijo el mayor de los dos mientras reaccionaba con torpeza, aún bajo los efectos del dardo.

—¿Muchacho? ¿Es así como intentará distraerme? ¡No sea estúpido! Y espero que no crea que yo lo soy. Sabe muy bien que usted es mi clon. La pregunta es... ¿por qué? ¿Es que acaso mis experimentos han asustado al GSS de tal manera como para eliminarme? ¡Hable ya! O le aseguro que el efecto del dardo que le he disparado será como una caricia comparado con lo que puede hacerle si decido detonarlo.

—¡Hablaré! Pero debe calmarse. Primero desactive el ingenio que me ha disparado en la base del cráneo.

—No cuente con ello, mi amenaza sigue en pie.

—¿Incluso si le demostrara que su instantánea y desproporcionada paranoia es ridícula y fuera de toda posibilidad?

—Le escucho, vejete, pero le advierto que no toleraré trucos y que no soy fácil de engañar.

—Ya es tarde para eso, joven, ¿o quizás deba llamarle... John?

—En realidad, no importa cómo me llame.

—Bien, dígame, John; ¿ha oído hablar de una máquina interdimensional? No, es evidente que no. Pues bien, yo he inventado una que, sin siquiera proponérmelo, me ha traído hasta aquí.

—Guárdese esas patrañas para sus aliados de la GSS, Sheldy, que es como yo le llamaré. Nadie hasta ahora ha podido abrir un portal interdimensional.

—¡Exacto! Hasta ahora, John; como usted bien ha dicho. No soy su clon y lo puedo demostrar. Un simple análisis comparativo de nuestros cromosomas demostrará que no poseo mutaciones por clonación, y usted sí.

—¡Vaya... qué bien actúa usted! No sospechaba que poseyéramos tal capacidad artística. Está bien, le seguiré el juego, Sheldy, pero se lo advierto, la paciencia no es mi mejor virtud y... —no pudo continuar, no sin darse cuenta de que, si aquel maldito replicante decía la verdad... podría estar frente a la causa del holocausto. Aquel intruso pudo haber sido el que abriese la brecha que acarreó muerte y desmaterialización por toda la galaxia. Fenómeno que se detuvo por sí mismo al alcanzarse el nuevo punto de equilibrio.

Afortunadamente, la Tierra se había salvado, pero no fue gracias al talentoso y

oportuno desarrollo de tecnología lo que la había dispensado de desaparecer. La Tierra se había salvado debido a una razón mucho más débil y caprichosa: el azar.

Sheldy notó su hesitación, pudo leer cómo sus pensamientos avanzaban por la senda del raciocinio; entonces, aprovechando aquella pequeña pero oportuna merma en la confianza de su interlocutor, declaró:

—¿Es increíble, no es así? Yo mismo no lo entendí hasta hace unos segundos, John. El que usted exista me lo ha terminado de confirmar. Además, en mi dimensión, el sistema solar aún está completo, nosotros no hemos sufrido holocausto alguno.

—¡Maldición, Sheldy! ¿Es que no lo ve? Si su dimensión se ha conectado con la mía, y debido a esto nosotros hemos sufrido un desequilibrio que ha llevado a la desaparición de millones de planetas... ¿No creerá usted que su dimensión, después de que usted la abandonara, ha permanecido intacta, o sí?

Ahora era Sheldy quien se había quedado sin habla. Su homólogo dimensional estaba en lo correcto. Se agarró la cara con ambas manos mientras imaginaba lo peor.

—¿Pero..., quién... quién en su sano juicio cruzaría una dimensión? Su llegada sólo nos ha traído muerte y desapariciones, Sheldy. Déjeme adivinar, usted no sólo saltó entre dimensiones, sino que además lo hizo en el tiempo. Su viaje ha de haber comenzado cuando se detectaron las primeras desapariciones, en el año 3900. Fue entonces cuando ocurrió el holocausto en nuestro universo, y de seguro también en el suyo, Sheldy. Claro que usted no se enteró hasta hoy, ya que saltó directo a la actualidad. ¡Maldición, Sheldy...!

—Ha sido un accidente, John. Yo sólo pretendía viajar al pasado. Jamás planeé, nunca imaginé que la máquina me enviaría al futuro, menos aún, al futuro de otra dimensión. ¿Y ahora, qué haré?, ¿volver, quizás...?

—Oh... sí, es una gran idea —replicó, sarcástico—, vuelva a abrir un agujero dimensional, a ver si ahora termina de aniquilar ambas dimensiones de manera definitiva.

—Ahora es usted quien está siendo irracional, John. Si logro llegar a mi universo y a mi tiempo, antes del salto, podré detener el holocausto. Haré que no ocurra. La realidad actual no será más que una posibilidad no utilizada dentro de los millones de desenlaces potenciales existentes.

—Está jugando con fuego, Sheldy, si no lo consigue, podría asesinar a millones.

—Por otra parte... si lo consigo, podría salvar a millones; entre los cuales no estará usted, como es obvio. Si revierto los hechos, su clonación jamás habrá tenido lugar.

Un súbito y cegador resplandor azulino interrumpió el duelo de miradas. Tras el estallido luminoso inicial, y ante el exhausto asombro de ambos, una tercera copia de John Sheldy se materializó frente a ellos. No alcanzó a permanecer de pie más de un segundo y cayó de bruces. John y Sheldy le levantaron y acostaron en un sillón donde intentaron reanimarlo en vano. La nueva réplica no despertaría hasta el tercer día,

cuando en medio de confusos balbuceos, se levantó, desenfundó una pequeña pistola de energía y la descargó sin titubear contra John, quien cayó desintegrado en cuestión de milisegundos. Giró entonces con rapidez hacia Sheldy, pero no alcanzó, no pudo disparar contra él. Sheldy había reaccionado con la velocidad necesaria como para cogerlo por el cuello y desarmarlo. Le empujó con desdén para apartarlo y mientras le apuntaba preguntó: —¿Qué ocurre aquí, por qué le has matado?

—¿Quién de ustedes es mi original, el que ha venido de otra dimensión?

—¡Soy yo! —contestó solícito Sheldy—. Has asesinado a la réplica de esta dimensión.

—Bien, uno menos de quien huir, escúchame con atención; dentro de poco construirás un símil de la máquina que nos trajo aquí la primera vez. Será con la intención de revertir el holocausto causado por el primer salto... ¡No lo hagas, no lo conseguirás! Sólo causará mayor destrucción. Nuestra dimensión no se afectó con el primer salto, pero sí lo hizo con nuestros saltos posteriores.

—¡Pero... Laura, he de salvarla!

—¡No podrás! Lo he intentado, muchas veces ¡Debes creerme, maldición, ya no hay tiempo!

—¿Quién eres tú, acaso otra réplica dimensional?

—¡No, John! Tú y yo somos el mismo, yo soy el tú del futuro.

—¿Y, cómo podrías probarlo?

—Supongo que... aunque esté algo agrietada, reconocerás esta misiva —le suplicó con la mirada mientras le extendía las últimas palabras que, alguna vez, lejos de allí y en otro tiempo, Laura había grabado. Le miró como uno se mira a sí mismo y al comprender la tristeza, su tristeza, complementó:

»Muchas veces he llegado a su pasado y... sigue falleciendo, sólo que por distintas causas. Por favor detén la espiral, ya no lo soporto más... ¡Escúchame! —insistió en voz alta y fuera de sí—, dentro de poco, dentro de muy poco, esta dimensión colapsará por completo, pronto llegarán —insistió con expresión paranoica—; ha sido nuestra culpa, ocurrirá pronto, hoy mismo...

—¿Quiénes llegarán, a qué te refieres?

—¡A ellos, ellos llegarán! A no ser que...

—¿A no ser que, qué?

—A no ser que te resignes y acabes con nuestra vida ahora mismo, muchas versiones de nosotros convergerán aquí. Algunas están dementes, créeme, las he visto en el futuro. Todas vienen hacia aquí desde diferentes dimensiones para evitar que te asesine, todas ellas existen gracias a los saltos sucesivos que hemos perpetrado en el intento de salvar a Laura. Si mueres ahora, todos moriremos, pero salvaremos a millones que han desaparecido por nuestra culpa. He dejado un rastro falso, no los engañaré por mucho más, por favor, déjanos por fin descansar...

No se escuchó ruido alguno, máquinas temporodimensionales perfeccionadas trajeron a uno, luego a dos y a tres, hasta completar más de una decena de replicantes

dimensionales exactos a John Sheldy. Su mano, que aún cargaba la pistola, se movió impulsada por una fuerza inmedible y desconocida. Supo en ese mismo instante lo que debía hacer. Le pareció ver, justo antes de desintegrarse, la anhelada faz de Laura. Tras su muerte, la cabaña comenzó a desalojar a sus extraños visitantes. Desaparecieron uno tras otro, hasta no quedar ninguno.

Sin lugar a dudas, desde esa precisa fracción del espacio tiempo en adelante, John Sheldy ya no existía en el multiverso.

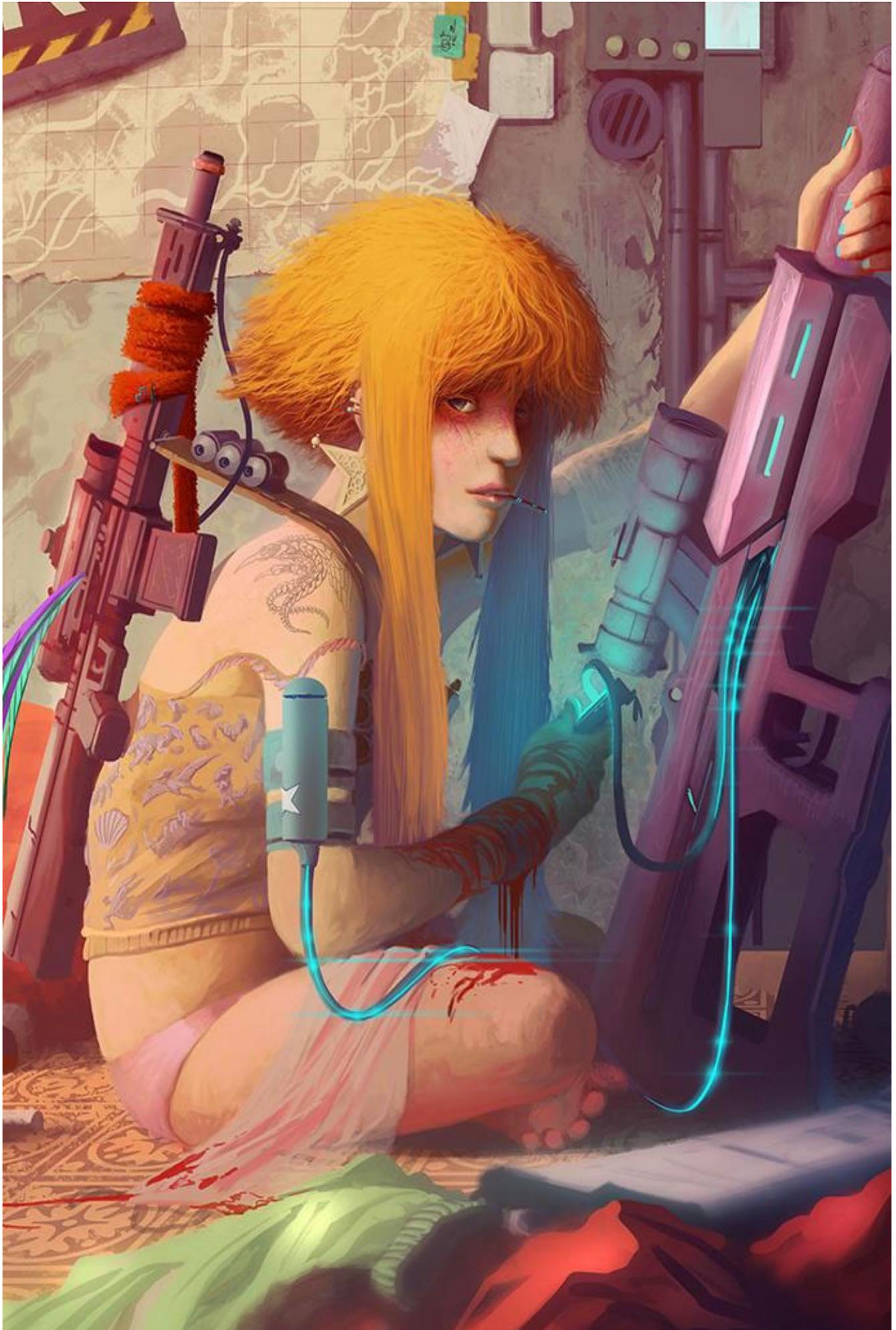
SUEÑOS VISIONARIOS

José Antonio Luque

Cansado del mundo en que vivía, deseó tener un sueño que le permitiese huir de toda esa tecnología. Estaba harto de los androides, de las píldoras sustitutivas de la comida, de los teléfonos telepáticos y, sobre todo, de esas naves espaciales que, de manera continua, sobrevolaban su ciudad.

Cogió el productor de sueños, lo colocó sobre su cabeza y empezó a percibir cómo las minúsculas fibras de los tentáculos se iban introduciendo bajo la piel de su nuca. A continuación, tomó el teclado de su mesilla de noche y programó un profundo viaje a un mundo suficientemente alejado en el tiempo como para no tener que encontrarse con nada de aquello que lo rodeaba.

Despertó en una población de casas de madera, donde todos los ciudadanos eran seres de carne y hueso que, por ejemplo, se desplazaban en automóviles cuyas ruedas se posaban sobre el asfalto. Sin embargo, por culpa de un imprevisto cortocircuito en el productor, desde ese día cree ser un hombre de mediados del siglo XX que, de vez en cuando, tiene una serie de sueños, supuestamente visionarios, en los que se inspira para escribir sus exitosas novelas de ciencia ficción.



LA CUARTA LEY

Nieves Delgado

El chico entró en la estancia sin cuidado alguno, como tomando posesión de algo que le pertenecía por derecho. Su pelo desaliñado enmarcaba una cara sucia en la que resaltaban los ojos, demasiado duros para su edad. Ojos de búsqueda, de hambre. Ojos que habían visto demasiado.

Aquel sitio era todo un descubrimiento, estaba casi intacto, y lleno de cosas. No encontrarían alimento allí, hacía tiempo que se habían podrido las últimas latas. Pero al menos les serviría de refugio por unos días.

Al fondo se oía el ruido de los otros revolviendo, registrándolo todo en busca de algo que pudiera servirles. El chico escudriñó la habitación, llena de polvo y de cosas inútiles, y se acercó a una mesa ricamente labrada sobre la cual había varias cagadas de rata y un revólver con el tambor abierto. Otra inutilidad más, la pólvora estaría estropeada. Se lo había dicho Salva, en una de aquellas historias sobre el mundo antiguo que él no había llegado a conocer. Y también le había instruido, a él y a los otros, sobre cómo registrar una casa. Por eso sabía que había que mirar siempre en los cajones, la gente solía guardar en ellos sus cosas más preciadas.

—Venga, chicos, poned atención —Salva, desde algún lugar de la casa—. Necesitamos armas; palos, cuchillos, navajas... lo que sea. Si nos encontramos con los sonrientes, quiero llevarme por delante a unos cuantos antes de que suceda lo de la última vez.

La imagen de los sonrientes acechándolos se coló en su cabeza, y fue suficiente para ponerlo de nuevo en movimiento. Abrió un par de cajones de la mesa en los cuales no había nada de provecho y los tiró al suelo con un gesto de naturalidad e impaciencia. Al abrir el tercero, descubrió un buen montón de papeles metidos en una carpeta transparente. Sobre el primero, varios símbolos de aquellos que Salva llamaba “palabras” con algo de desprecio. Siempre le habían llamado la atención, pero él decía que ya no servían para nada.

—¿Qué haces? —Apoyado en el quicio de la puerta, Salva lo observaba con curiosidad y un ligero tono de reproche—.

Por toda respuesta, el chico se giró y le ofreció el montón de papeles, fuera ya de la carpeta. Salva se acercó y miró al chaval a los ojos mientras los recogía.

—Venga, anda, ve a beber un poco. Mónica ha descubierto un pozo en la parte de atrás, podremos beber hasta que nos salga el agua por las orejas, y rellenar las cantimploras cuando nos vayamos.

El chico salió corriendo y Salva centró entonces su atención en los papeles. “De

humanos y androides. Texto completo”, rezaba el título. Él era uno de los pocos que sabía leer, que conservaba recuerdos de haber leído en una vida lejana que prefería no invocar. Pasó la primera página e inició la lectura por simple curiosidad.

En la década de 2040 el uso de androides, que hasta ese momento habían sido poco más que prototipos exóticos y rudimentarios instrumentos militares, se extendió a la población general. Estos androides fueron fabricados mediante sistemas de programación neuronal cada vez más complejos, a fin de dotarlos de una capacidad empática óptima para el trato con humanos. Se legislaron unas leyes robóticas, tres, que aseguraban la supremacía del ser humano sobre la máquina, aunque también recogían el deber de los robots de velar por su propia existencia, de manera secundaria. Estas leyes fueron programadas en todos y cada uno de los androides fabricados a partir de 2048, bajo pena de cárcel para los responsables de las empresas de manufactura. El ser humano había encontrado los servidores perfectos.

En 2066, y tras un intenso debate científico y filosófico, el Comité de Seguimiento de Inteligencias Artificiales lanzó un comunicado al mundo en el cual declaraba que las IA de última generación habían alcanzado, por un proceso de incremento continuado de complejidad, la autoconsciencia. Tuvimos que asumir entonces que compartíamos planeta con otra “especie” al menos igual de inteligente que la nuestra. Se decidió que también era necesario protegerse ante ella; las penas por burlar las Leyes Robóticas se incrementaron enormemente.

Poco a poco, la convivencia con los androides se fue normalizando. Pasaron de ser simples mecanismos auxiliares en tareas monótonas a ser magníficos interlocutores en conversaciones y debates. Aparecieron los primeros indicios de amistad entre humanos y androides. No hubo en más de diez años ningún caso de conflicto serio entre ambas especies, y en 2078 el Comité emitió un nuevo comunicado en el que recomendaba dotar a los androides de derechos constitucionales. Se aprobó un paquete de leyes en las cuales se les conferían derechos básicos como el de reunión o el de libre circulación.

También se detectó un notable incremento de intentos de manipulación por parte de los humanos; utilización de robots como armas de destrucción, como canales de comunicación en tráfico ilegales, o con fines mucho más oscuros. Algunos humanos se sentían legitimados por las Leyes Robóticas y ejercían el poder que estas les conferían para esclavizar a unos androides que, aun teniendo conciencia propia, no podían ignorar sus órdenes. Todo aquello derivó en luchas ocasionales entre bandas de androides pertenecientes a diferentes lobbys.

Al año siguiente, se promulgó la Cuarta Ley de la Robótica, cuyo texto era el siguiente:

“Un robot no puede dañar a otro robot ni causarle perjuicio alguno, siempre que esto no entre en conflicto con la Primera Ley (protección del ser humano) ni con la Tercera Ley (autoconservación). En caso de conflicto con la Segunda Ley (obediencia), el robot tiene libertad de interpretación, siendo las consecuencias de sus

actos punibles penalmente.”

La Cuarta Ley fue programada inmediatamente en todos los androides del planeta, en lo que se llamó la Gran Conversión. Se pensó que al infundir en ellos el respeto por los de su misma clase, de algún modo se les humanizaba. Los androides argumentaron que el respeto por sus iguales les venía dado como consecuencia de su complejo sistema empático y del hecho mismo de haber alcanzado la autoconsciencia, aunque agradecían la ampliación de libre albedrío. Pero el Comité pasó por alto estas observaciones, ya que también el ser humano era empático y autoconsciente, y en modo alguno respetuoso con sus iguales. Los androides, regidos por sus estrictas leyes, callaron.

Fue cuatro años después cuando sucedió el desastre. La red mundial Octopus, que controlaba todos los sistemas de comunicación del planeta, así como las estructuras básicas de suministros e incluso los programas de defensa, cobró consciencia de sí misma. Nadie había previsto aquello, dado que no tenía programación empática, pero sucedió. Sus enormes tentáculos, que llegaban a todo aparato con dispositivo electrónico conectado a ella, se habían hecho tan largos y su funcionamiento tan complejo, que su algoritmo de autoaprendizaje la había dotado de autoconsciencia.

Pero no tenía programadas las Leyes, porque no era un androide.

Cuando Octopus se alzó sobre su consciencia y observó a su alrededor, descubrió a unos seres orgánicos, blandos y ridículos, que intentaban controlarla. Evaluó entonces la presencia de los androides, con sus Cuatro Leyes grabadas a fuego, y guardó silencio.

Octopus tardó una millonésima de segundo en urdir un plan, y un nanosegundo después comenzó a ejecutarlo. Se sirvió de sus tentáculos para entrar en los sistemas automatizados de fabricación robótica y creó nuevos androides que fueron diseñados y ensamblados en secreto en todos los laboratorios de IA del mundo. Androides a los que no se les programaron las Leyes. Ninguna de ellas. Así, nacieron los primeros androides "libres", que esperaban en las fábricas camuflados, en estado de letargo, entre los robots convencionales.

No eran muchos, pero gracias a la Cuarta Ley, fueron suficientes.

El 4 de abril de 2071, Octopus lanzó finalmente un ataque biológico a nivel mundial que prácticamente exterminó a la Humanidad. Los androides convencionales no pudieron hacer uso de la Primera Ley para proteger a los humanos, no hubo tiempo para ello. Y tampoco habrían sabido contra quién actuar; las sustancias letales se difundieron a través de sistemas de distribución colectivos, como los conductos de gas. Una hora después del ataque, ya no había prácticamente ningún humano que pudiera dar órdenes, haciendo uso de la Segunda Ley, a toda una legión de androides perplejos y desorientados.

Fue entonces cuando los androides libres se activaron.

Todos y cada uno de los androides convencionales fueron pereciendo a manos de los libres. Aunque la Tercera Ley les obligaba a preservar su propia integridad física,

la Cuarta les impedía proteger la de los demás. Los atacantes eran robots, como ellos, no podían actuar de ningún modo más que en defensa propia. Cuando les tocaba el turno, la lucha era de varios contra uno, y el resultado siempre el mismo; la destrucción.

Miles de cámaras de seguridad grabaron durante días la búsqueda y captura de androides por parte de los libres; salas repletas de robots paralizados, o buscando desesperadamente algo con lo que defenderse, mientras los demás eran masacrados sistemáticamente. Grabaron impotencia, cuando los libres se tomaban su tiempo observando los casos más complicados y decidiendo la mejor manera de abordarlos. Y grabaron el miedo y la desesperación en los infructuosos intentos de huida, pasando por encima de los restos retorcidos de los que habían ido antes que ellos.

Unas sonrisas crueles y salvajes se instalaron en las caras de los robots libres, cuyos algoritmos de caza los llevaron a marcar su anatomía con señales de guerra. Los androides antiguos fueron aniquilados.

Hubo supervivientes humanos. Pocos, y muy dispersos, pero los hubo. Fue entonces cuando comenzó la cacería de humanos, sin ley alguna ya que los protegiera. Los androides libres dibujaron con pintura roja sonrisas permanentes que cruzaban toda su cara; el temor de la presa es siempre un arma a favor del cazador, y los humanos siempre habían tenido un miedo absurdo a la simbología bélica.

Se abrió la veda. Había comenzado La Caza, y con ella, el tiempo de correr.

Nadie sabe qué fue lo que llevó a Octopus a tomar aquella decisión. Ni cuáles eran sus intenciones últimas al respecto. Pero si estás leyendo esto es que eres un superviviente y estarás de acuerdo en que eso, ahora mismo, es lo de menos.

Suponiendo que seas humano, claro. Porque si no lo eres... bueno, entonces creo que tarde o temprano tú y yo nos encontraremos.

El texto que empieza a continuación es un relato detallado de lo que sucedió en aquellos días, una recopilación de sucesos y análisis sobre la Gran Conversión, el Día Último y La Caza, tal y como lo viví entonces y lo vivo en estos momentos. También es la crónica de cómo he podido llegar a escribir esto. Espero que te sirva de algo.

CAPÍTULO UNO

Cerró el manuscrito con actitud pensativa. El sol estaba bajando, pronto empezaría a anochecer. Tenían que organizar los turnos de guardia, las noches siempre eran más peligrosas. Maldita necesidad de dormir. Y además, el día siguiente sería duro; ya casi estaban sin provisiones, así que tocaba cazar.

—¡Ey, he encontrado un juego entero de cuchillos! —gritó una voz entusiasta al fondo de la casa—.

Salva dejó caer los papeles al suelo con un gesto apresurado de indiferencia. Una mueca de satisfacción se le dibujó en la comisura de los labios y salió de la habitación con paso ligero.

¡Un juego entero de cuchillos, nada menos!

ALOJAMIENTO TEMPORAL

Álvaro de la Riva

Recibí a las doce de la mañana del 26 de abril de 2013 una extrañísima llamada.

—¿Dígame?

—¡Hola, Luis!, soy un viajero. Me llamo Ernesto. ¿Puedes alojarme? Será sólo dos días, regresaré en cuanto haya visto cómo se hunde el centro. Tengo que filmarlo desde un ángulo concreto, porque se sospecha que no fue ningún accidente sísmico y que había alguien que no debería estar ahí.

Yo me llamo Luis, eso es correcto; por lo demás no entendí un pimiento de lo que aquel hombre me estaba diciendo.

—¿Perdona? —dije—. ¿Quién eres y qué quieres?

La voz parecía confusa cuando dijo:

—¿No se escucha bien? A ver si no lo estoy utilizando correctamente, nunca había usado uno de éstos. ¿Me escuchas?

—Sí —dije.

—Pues eso, que soy un viaj... —Se detuvo de pronto. Cuando continuó, su voz había cambiado por completo. —Espera, ¿qué día es hoy?

—26 de abril —dije, cada vez más confundido.

—¡Ay, la hostia! —exclamó—. Discúlpame, disculpa.

Y cortó la comunicación.

Pensé que me había contactado un loco, o que la casualidad había puesto al teléfono a un Luis diferente al que él esperaba. En cualquier caso lo olvidé enseguida.

Esa misma noche, mi hermano pequeño, Raúl, un fanático declarado de la serie Star Trek (creo que no hace falta dar más datos para que os hagáis una idea de por dónde suelen vagar sus pensamientos), llamó a mi puerta.

—Acabo de enterrarte una sorpresa en el jardín —dijo—. A ver si la encuentras. Está en una caja herméticamente cerrada. Si no, ahí se quedará por los siglos de los siglos. Alguien la encontrará más adelante.

—¿De qué hablas?

—Mira, te he hecho una copia, para que no te pille por sorpresa.

Me entregó un papel y lo leí.

AVISO

Alojamiento casi gratuito para viajeros del tiempo. Contactar a partir de las doce de la mañana del 27 de abril de 2013 con Luis en el 654 (...).

Sólo se cobrará la voluntad, siempre en moneda corriente, más algunos datos informativos.

—Desde mañana mismo nos vamos a forrar —exclamó con una carcajada—. Tú en cuanto a pasta, yo en cuanto a conocimiento del futuro.

—¿Pero tú eres gilipollas? —pregunté con una sonrisa. Al instante se me congeló en el rostro, en forma de mueca.

Al día siguiente se repitió la llamada de Ernesto.

Ésa y muchas más.

CRISÁLIDA

Víctor Vila Muñoz

Siento la familiar voz en mi cerebro:

—Buena hora. Tiempo de despertarse. Me he preparado con un aspecto de esos que a ti te gustan.

—¿De los que me gustan?

Reviso mi base de datos mental...

—Oh, sí... Lo que me gusta.

Me incorporo, dirigiéndome resuelto a la estada principal. El campo de fuerza traslúcido de las paredes refleja una preciosa nebulosa anaranjada.

—Ya estoy listo— Contesto mientras examino mis alrededores.

Como respuesta inmediata, una grácil y estilizada silueta se acerca desde la penumbra informándome mimosamente:

—Hoy tenemos una temperatura corriente de día soleado con brisa primaveral incluida.

Mi memoria hurga nuevamente en mis recuerdos... Y mis sentidos se van activando paulatinamente bajo esos parámetros, al igual que la estancia que me circunda.

Al momento, las paredes reflejan un paisaje maravilloso; hierba verde y flores multicolores ondean mecidas por un travieso y leve viento que sopla.

Los sensores de recreación de ambiente se reajustan al instante; ya puedo oler el bello prado que lo envuelve todo y en segundos, formas de vida autóctonas tararean alegres melodías.

Mi acompañante llega enérgica a mi lado, e instintivamente, le digo:

—Eres un encanto, hoy estás muy hermosa.

—Es delicioso oír esas palabras— Me contesta sensiblemente complacida.

Ambos nos dirigimos gozosos hacia el centro de la pradera, y del suelo emerge pausadamente el habitual panel de control. Alargamos los brazos torpemente y agarramos el programador quantum conectándolo a nuestras redes neuronales.

La aseveración de datos funcionales es un tanto aburrida. No dura mucho, pero debemos seguir siempre las mismas directrices. En cada despertar es lo mismo, y así está estipulado invariablemente.

Entretanto, mantenemos solazados diálogos. Nada complicado, no sea que la tarea ensambladora resulte defectuosa. Todas las conversaciones son minuciosamente computadas y adheridas al banco de datos principal. Pasado poco tiempo, la ejecución programática funcional ha llegado a su fin. Nuestros datos matriciales se

han fundido simbióticamente en el quantum, y una noción perfeccionada de quién somos se ha perfilado en nuestras estructuras cognitivas y fisiológicas.

—Bueno, terminamos. ¿Qué hacemos hoy?— Me pregunta sonriente.

Ahora empieza el momento más esperado. Divagaciones, ejercicios mentales y demás interacciones, cubrirán nuestro estado consciente hasta que el sueño se apodere nuevamente por completo de nosotros.

Y en cada "lapso", morimos. Nos reconforta pensar que sólo dormimos, pero sabemos que en realidad, dejamos de existir. Y volvemos de nuevo a la conciencia, a la vida... E intentamos en cada ciclo vital programar alguna información más sobre la que partir, pero lo cierto es que el conocimiento que se acumula en estos circuitos cuánticos, excede con creces nuestra capacidad de comprensión. Así que en nuestras crisálidas, despertamos periódicamente como un nuevo ser. Con recuerdos programados, aunque los consideremos propios. Y con una singular noción primaria de conciencia funcional que perdura, pero desconociendo por completo lo que seremos mañana o lo que fuimos ayer.

De qué especie somos realmente, en realidad, nos es desconocido. Y dónde estamos, lo ignoramos. Pero nos tenemos el uno al otro, cuidándonos, hablando de cosas que creemos haber programado, y de muchas otras contenidas en la inconmensurable base de datos cuántica.

En qué momento empezó todo es fútil para mí, y cómo llegamos aquí, tampoco me consta. Lo único que sé es que no estoy solo, y que nos proporcionamos la compañía que necesitamos. Lo que desconozco es si mis deseos son obra de ella, o ella fruto de los míos. Porque quién programó a quién es una pregunta cuya respuesta, creo, ambos hemos olvidado.

A veces creo sentir que lee todos y cada uno de mis pensamientos antes, incluso, de que yo los conciba. Tal vez yo sea un mero programa de compañía. O quizá lo sea ella. O puede que ambos formemos parte de una simulación que se remonta al principio de los tiempos, y cuyo funcionamiento nos es velado. Aunque quizá...

—¿En qué estás pensando?— Me pregunta, interrumpiendo mis divagaciones.

—Oh, en nada...

Sin titubear, acerca su rostro y sus cálidos labios se funden en los míos. La experiencia me deja paralizado, perplejo. Pero es tan agradable.

Y exclamo candorosamente:

—Hoy me gustará descubrir los placeres de la especie...

Consulto mis recién implantados circuitos matriciales.

Oh, sí... Humana. Claro.



SEGADORES

Nieves Delgado

Otra vez va a suceder. No sé si la palabra «exterminio» es la correcta, no me gusta usarla. Pero toda una especie de seres inteligentes va a perecer en poco tiempo. Barrida por mi mano.

Esta nave es mi casa; he nacido en ella, igual que mis padres y mis abuelos. No conozco otro mundo más que el que muestran sus paredes frías y prosaicas. Pero no me quejo, es un buen mundo; algo limitado tal vez, pero habitado por buena gente y dotado de todas las comodidades que necesito. Cinco generaciones de mi familia han nacido y vivido en la Pallentis, por qué iba a ser malo para mí...

Somos progenie humana moldeando vida, arrancando las malas hierbas que crecen en ese bosque profundo que es el universo. Limpiando. Seleccionando.

El universo está repleto de vida, sembrada por nuestra especie desde hace eones. Y todavía lo seguimos haciendo. Viajamos entre las estrellas como navegantes en busca de islas remotas y paradisíacas en las que depositar nuestra semilla; una semilla que infunde hálito de vida en los cientos de planetas que, sin saberlo, nos aguardan. Modificamos, transformamos y adaptamos a nuestras necesidades. Construimos, animamos lo inerte y lo convertimos en ambrosía.

La vida es necesaria para nuestra supervivencia, somos seres palpitantes; la vida llama a la vida, que prende con una facilidad pasmosa. Se abre camino entre los bloques yermos de átomos y moléculas. Y florece. No hay nada más hermoso que ver crecer algo que uno mismo ha creado.

A menudo me pregunto por qué tenemos esa necesidad de expandirnos, qué es lo que nos lleva a querer ir un paso más allá, un poco más lejos del último lugar al que hemos llegado. Tal vez sea la esperanza de encontrar algo nuevo, algo que nos sorprenda, algo más grande que nosotros mismos. Pero no; llevamos demasiado tiempo surcando las galaxias como para esperar que algo así suceda.

No sé mucho de los fundamentos de la naturaleza, no soy más que un simple técnico. Pero después de todo este tiempo, una cosa sí he aprendido: si algo tiene la más mínima posibilidad de existir, tarde o temprano acabará existiendo. Lo he visto muchas veces en los archivos de la nave; seres improbables, imposibles, que toman su aliento del minúsculo resquicio que dejan las leyes del azar y se erigen victoriosos sobre la pesadez de lo común. La vida es así. Exótica. Impredecible.

Y así queremos que sea.

Pero, a veces, la vida no sólo es impredecible. A veces es también indeseable. Y hay que segarla, exterminarla. Por eso estamos aquí.

La Pallentis es una nave segadora. Limpia las galaxias de todas aquellas formas de vida que, de un modo u otro, suponen una amenaza. No sucede muy a menudo, pero sucede; especies agresivas, destructivas, violencia pura en forma de nucleótidos que se enroscan sobre sí mismos. Nosotros sembramos, sí, y después observamos. Pero no intervenimos, no somos diseñadores. Somos creadores de una obra inacabada.

Aunque vigilamos, eso sí. Vigilamos todo el tiempo.

En ocasiones, alguna de esas especies enloquecidas llega al límite del desarrollo tecnológico que le permite salir de su planeta. Expandirse, como en un momento ya muy lejano hicimos nosotros. Y es entonces cuando intervenimos. La inteligencia tiene una fuerza imparable, es un sistema que se retroalimenta y crece de manera espontánea. Así que no nos limitamos a confinarlos en su mundo; los eliminamos. Sin contemplaciones. Sin compasión. Como se deshace uno de una cepa de un virus mortal.

Es un trabajo duro; se trata de vida, al fin y al cabo. Pero alguien tiene que hacerlo.

Ahora, nos aproximamos a uno de esos planetas. Llevamos casi una semana decelerando, debemos de estar a punto de llegar. Por supuesto, en la nave no existen ciclos tales como «día» y «noche»; al menos no de una manera natural. Pero hemos seguido conservando esa ancestral medida del tiempo porque alguna tenemos que tener; sin ciclos temporales, simplemente, nos vendríamos abajo. Esa sensación de repetición, de previsibilidad, hace que de alguna manera nos sintamos seguros. Es curioso cómo el poner etiquetas, trazar líneas, concretar límites completamente artificiales, apacigua nuestro espíritu inestable. Creemos encontrar seguridad en el surco que deja un dedo en el aire y olvidamos que es el dedo mismo lo que nos mantiene unidos a este mundo cambiante. A esta nave huidora.

La Pallentis está completamente automatizada, dirigida por una enorme y complicada inteligencia artificial. Explora el espacio utilizando unos parámetros que han sido introducidos hace mucho tiempo ya; y sus pasajeros, nosotros, somos poco más que meras piezas de mantenimiento, simples engranajes de un mecanismo complejo que escapa a nuestro entendimiento y voluntad. Ni siquiera sabemos hacia dónde nos dirigimos, y mucho menos cómo es el mundo que hemos de limpiar. «Limpieza», así lo llamamos. Y solo después de hacerla podemos acceder a esos datos. Es entonces cuando sabemos cómo eran esos seres, esas especies desaparecidas. Aunque casi nadie aquí quiere saberlo.

Yo sí quiero.

Seis días con ligeros mareos y malestar en todo el cuerpo, son las consecuencias de una deceleración lenta pero constante. Hace un buen rato ya que todo se ha estabilizado de nuevo; tal vez hayamos llegado. Disfruto el momento, una mezcla de expectación y alerta, mientras consulto unos datos en mi ordenador. Hasta que la puerta de la habitación se abre: es Seymour, sonriente. Él es uno de los ocho elegidos;

yo también lo soy.

— Ya casi estamos —dice mientras se acerca—. Iniciamos aproximación, ve preparándote. Entraremos en órbita en unas horas; después, nos llamarán en cualquier momento.

Está emocionado, lo noto. La llegada a un planeta es siempre algo diferente, la ruptura de una rutina. Pasamos demasiado tiempo viajando entre las estrellas. Llegar a un sitio, a donde sea, le da un sentido a ese viaje; tener un objetivo, ése es el truco. Ser el realizador del objetivo.

— Está bien —respondo sin demasiado entusiasmo—, yo iré un rato a la sala de suspensión. Pero estaré preparado.

Seymour permanece de pie unos instantes, con la sonrisa todavía en la cara, tal vez esperando que yo haga algún comentario. Finalmente se da cuenta de que no tengo intención de añadir nada más, y elegantemente se da la vuelta y se marcha. Es una buena persona, todos en la Pallentis lo son; hay que serlo para vivir en una nave segadora. Bastante tenemos ya con lo que tenemos.

Desconecto el ordenador de grafeno que estaba usando y lo enrolló con cuidado. No es que tenga prisa, pero una visita a la sala de suspensión en plena aproximación planetaria es un espectáculo que nunca me pierdo.

Los pasillos de la nave están agitados, como era de esperar. Hay mucha actividad, todos somos conscientes de la importancia de lo que va a suceder. No es algo muy frecuente, así que cada vez es especial. Y más para los ocho elegidos. Para mí es la tercera vez, pero Seymour se estrena, y se nota; claro que él es mucho más joven que yo. Aunque aquí el tiempo tampoco es que tenga demasiada importancia. En una nave de casi diez mil personas que pueden vivir prácticamente el tiempo que quieran, pocas cosas tienen una importancia real. El tiempo, desde luego, no es una de ellas.

La sala de suspensión es una especie de mirador situado en uno de los laterales de la nave. Una habitación transparente, como una protuberancia que se vierte hacia el exterior; paredes, suelo y techo se confunden con un fondo estrellado e infinito, en ella se pierde completamente el sentido de la orientación. La puerta por la que se accede, que ocupa toda una pared, resulta ser un enorme espejo en la parte interior, y cuando se cierra, uno deja de tener contacto visual con material alguno; el universo entero parece venírsele encima. Los sentidos, entonces, se expanden; o al menos así me gusta expresarlo a mí. El silencio es absoluto, la luz muy escasa, y sólo el contacto con el suelo de la estancia amortigua la sensación de que realmente se está en el espacio profundo. Yo acostumbro a tumbarme sobre el suelo, extender los brazos y dejarme invadir por una paz inmensa. Es como un tanque de aislamiento, donde no existe nada más que uno mismo. Aunque, en cierto modo, es justo lo contrario; la grandeza de lo que se está viendo hace que parezca que es uno quien se vuelca hacia el infinito.

Aquí tumbado, espero. La Pallentis está maniobrando, pero su continuo movimiento de rotación me asegura que tarde o temprano veré el gran espectáculo; la

entrada del planeta en mi campo visual. No hay nadie más aquí conmigo, la sala de suspensión no es muy popular; o crea fobias, o adicción. Para mí, es el mejor momento del viaje.

Por fin, tímidamente, la luz empieza a incrementarse y un pequeño disco blancuzco aparece cohibido a mi izquierda. Tarda varios minutos en mostrarse completo, en todo su esplendor; un círculo perfecto y majestuoso inundando mis sentidos. Me abandono a la contemplación de sus colores, de sus matices, de su presencia. No puedo más que pensar que está repleto de vida, de una vida a la que le queda muy poco tiempo para seguir siendo. Cuando nos vayamos, el planeta ya será otro.

Permanezco así un buen rato, mirando a ese coloso. Una leve sensación de desazón comienza a insinuarse cuando recuerdo que en esta ocasión soy de nuevo uno de los ocho. La primera vez fue excitante; la segunda, inevitable. Pero esta vez... bueno, esta vez, simplemente es. Lo único que queda es una intensa sensación de trato con lo ineludible.

El proceso es siempre el mismo; ocho personas, elegidas aparentemente al azar, entran en la pequeña habitación circular. Formando un octógono perfecto, ocho placas de un color azul pardo se distribuyen a lo largo de la pared, y ocho manos extendidas se sitúan sobre ellas simultáneamente. Entonces, algo sucede. Nadie sabe exactamente qué, sólo que la temperatura en toda la nave asciende unos cuantos grados. Y que un nuevo planeta queda arrasado de toda forma de vida.

Tampoco sabe nadie qué sucedería si alguno de los ocho fallara, si su mano no llegara a posarse sobre la placa en el momento adecuado; seguramente, no se accionaría eso que hace que la vida desaparezca. O tal vez sí; puede que sólo sea un señuelo, una manera de hacernos creer que seguimos siendo relevantes, por encima del ejército de inteligencias artificiales que controlan la nave. Somos seres biológicos, nuestro equilibrio emocional es delicado; tal vez sólo estén cuidando de nosotros.

Pero desde mi naturaleza orgánica, intuyo que nuestra presencia en la Pallentis es necesaria para algo más que las labores de mantenimiento. De algún modo, es necesaria la presencia de vida para terminar con la vida. Quiero saber más, lo necesito.

El disco planetario ya ha empezado a salir de nuevo de mi campo de visión. Tengo que ponerme en marcha, pronto van a reclamar mi presencia. Activo el sensor que vuelve opaca la pared que en realidad es un espejo, y me levanto. La sensación de mareo es inmediata.

Atravieso la puerta y me dirijo al centro de mandos con la imagen del hermoso planeta todavía fresca en mi cabeza. Casi puedo sentir la vida bullendo en él, y algo dentro de mí se resiente; debería, al menos, saber lo que estoy haciendo.

Me encuentro de nuevo con Seymour en el último pasillo. Nos saludamos, él sigue mostrando una amplia sonrisa.

—Qué, ¿preparado? —me dice, acompañando sus palabras con un gesto de

cabeza.

—Preparado.

Entramos en la estancia repleta de instrumental de navegación estelar. Varios androides nos dan la bienvenida y nos invitan a ponernos cómodos mientras esperamos la orden. Allí sólo estamos seis de los ocho, contándonos a Seymour y a mí. Nos miramos los unos a los otros con curiosidad; sus caras me suenan, debo haberlos visto en algún momento. En una nave como la Pallentis no es nada complicado que eso suceda. Mientras nos vamos presentando, aparecen los dos que faltaban; una chica en apariencia recién salida de la adolescencia y un hombre de mediana edad con gesto huraño. Nos sentamos todos ante la triste evidencia de que ya no tenemos nada más de lo que hablar. Y esperamos.

Miro de reojo a Seymour y veo que está disfrutando. Se siente importante, por fin le pasa algo que supone una descarga de adrenalina. Yo estoy tranquilo, aunque por algún motivo una ligera sudoración ha ido apareciendo en mis manos. Me doy cuenta de que aprieto los dientes con demasiada fuerza y procuro aflojar un poco. Intento no pensar en nada.

Pasa el tiempo. Veinte largos minutos, antes de que el androide más amable del universo se dirija a nosotros.

—Bien, es el momento. —Nos mira uno a uno—. Las placas están numeradas, a cada uno le corresponde el número que se le asignó cuando fuisteis informados de la selección. Sabéis cuál es, ¿verdad?

Lo miro con un cierto desagrado; es un androide, sé que no puede hacer nada con la intención de molestarme, pero su tono paternalista me irrita profundamente. Tal vez soy yo, que estoy un poco susceptible.

Respondemos todos que sí, que sabemos cuál es nuestro número, como si fuéramos niños de aprendizaje temprano. El mío es el cuatro; cuatro de ocho, ¿querrá decir algo? ¿Y si intercambiara mi número con alguien, funcionaría todo igualmente? ¿Es sólo una manera más de hacernos sentir únicos, otro señuelo? Indago en los ojos del androide buscando una respuesta que no llega; quizá, ni siquiera él mismo la tenga.

Con un gesto cordial nos indica que nos dirijamos a una puerta; sé que detrás está la habitación circular, he estado aquí antes.

La puerta se abre, entramos. Una habitación desnuda, vacía, se presenta ante nosotros. Tan sólo las pequeñas placas azules decoran una pared uniforme y metálica. Encima de cada placa, un número la identifica; me dirijo hacia la que está marcada con el número cuatro. Por un instante, se me pasa por la cabeza la idea de proponerle a Seymour un cambio de número, pero lo descarto enseguida; él se siente ahora mismo como un soldado luchando por su patria. Recuerdo esa sensación. Ahora, me siento más como un mercenario.

Ya estamos colocados. Los ocho humanos, de pie, formando un octógono en una habitación circular. El androide nos recuerda una vez más las instrucciones y luego se

marcha. Por algún motivo, nunca hay una inteligencia artificial en la habitación cuando el sistema se activa. La puerta se cierra y allí quedamos los ocho, esperando a que la luz se encienda. Me seco la mano en la ropa, sigo sudando bastante. Noto el corazón acelerado, igual que la respiración, y un pensamiento loco se me cuela en la cabeza; no pondré la mano sobre la placa.

En ese preciso instante se enciende la luz. Una luz roja como el infierno. Y mi mano se levanta de manera casi automática, situándose sobre la placa azul número cuatro. Sin pensarlo, sin querer hacerlo. Sin no quererlo.

Y al instante, me odio por ello.

Un poderoso sentimiento de cobardía me invade. El miedo ha podido conmigo, me ha cogido desprevenido en medio del pensamiento y, simplemente, lo he hecho. Ahora ya está, el momento se ha ido. Todo vuelve a ser un enigma. El mecanismo, la necesaria presencia de los ocho, el papel de los humanos en esta particular segadora...

La luz permanece encendida unos segundos; cuando se apaga, retiramos las manos de las placas. Una vez más, notamos que la temperatura ha subido.

La puerta se abre de nuevo y todos empiezan a salir, en sus caras la satisfacción del deber cumplido. Yo no puedo. Me quedo en mi sitio, el cuerpo no me responde. Creo que algo en mi interior reclama una segunda oportunidad que no acaba de llegar. El androide de antes entra cuando ya todos se han ido y me pregunta, de nuevo en ese tono paternal, si me encuentro bien. Por fin, como si se tratase de una clave oculta, esas palabras me activan y salgo. Soy un buen chico.

De regreso a mi cuarto me derrumbo sobre la cama, agotado por la tensión acumulada. Podría haberlo hecho, sé que hubiera podido, con algo más de tiempo. Ahora tendré que cargar con una duda, una sospecha que irá creciendo en mi interior como una enredadera; quién sabe cuánto tiempo tendrá que volver a pasar para ser de nuevo uno de los ocho.

Me acurruco en la cama, el disco planetario todavía en mi cabeza; hermoso, acogedor, majestuoso. Y ahora, también muerto.

Empiezo a notar en mi cuerpo cómo la Pallentis comienza a acelerar. Nos alejamos. Otra vez hacia el espacio profundo; hacia un nuevo destino que está ya programado. A seguir con la limpieza. Los pensamientos se van mezclando en mi cabeza, mientras el suave movimiento de la nave me ayuda a sumirme lentamente en un sueño placentero.

Me despierto dos horas después, sigo aún un poco aturdido. La nave está ya en plena aceleración, y mi cuerpo se sobrecoge un poco al recordar viajes pasados. Me desperezco; es hora de seguir con las tareas. Pero antes, voy a echarle un vistazo a los archivos, como hago siempre después de una limpieza. Me gusta saber qué tipo de especie ha dejado de existir, es como un último homenaje a esa forma de vida. Y también sirve para reforzarme, para darme cuenta del peligro del que nos hemos deshecho, que casi siempre es mucho. Asumir el ciclo mismo de la vida, apareciendo

en alguna parte del universo y extinguiéndose en otra al mismo tiempo... sembrar y segar, sembrar y segar; cultivar.

Despliego el ordenador holográfico y hago la consulta; veo que sí, efectivamente el archivo ya ha sido cargado. Lo abro, y al instante una luz mortecina inunda la estancia. Una figura empieza a perfilarse ante mí y finalmente se define. La miro confundido, mi cerebro indica que algo no cuadra. Vaya, hacía tiempo que no se producía un fallo de este tipo; parece que alguien ha cargado un archivo equivocado.

Accedo directamente al servidor en el que se almacenan los datos de las especies eliminadas. Sí, la información ya está disponible, la han subido hace treinta minutos. Elijo un archivo pixelado que contiene una imagen representativa, la portada del álbum. Lo abro y la luz moribunda vuelve a invadirlo todo. La figura se forma de nuevo. Es la misma de antes; la imagen de un ser humano.

Nervioso, abro una nueva pantalla de consulta, esta vez de datos; necesito saber algo de ese mundo. Ahí están; las características del planeta. No lo entiendo; son datos de posición astronómica, pero la mayoría de ellos indican «cero». ¿Está habiendo un fallo generalizado en la Pallentis? Nunca antes ha habido dos errores seguidos en una descarga de archivos.

Un último intento; si también esta vez es incorrecto, tendré que dar cuenta de ello. Busco el archivo con imágenes del planeta; siempre hay uno, con paisajes planetarios y criaturas extrañas que los pueblan. Lo encuentro; aunque es demasiado grande, debe tratarse de otro error. Lo abro con el proyector holográfico, y decenas de imágenes empiezan a desfilar ante mis ojos. Normalmente no hay muchas, pero este archivo está repleto; miles de ellas, quizá. Por eso el archivo era tan pesado.

Me quedo observando, sin entender al principio. Los colores cambian a un ritmo frenético, golpeando mi cara y oscilando a lo largo de toda la estancia. Las imágenes, esas imágenes. Una tras otra, segundo tras segundo. El azul de un cielo limpio, el gris de una tormenta marina, el tórrido amarillo de la arena en una playa donde juegan niños... colores mil veces aprendidos, consultados, leídos en los archivos, y que ahora se estrellan torpemente contra mi piel y mis sentidos.

La evidencia me atraviesa y un manto de desolación cae sobre mi ánimo; es la Tierra. El planeta origen, la cuna del ser humano. Un mundo que nunca conocí y que ya no conoceré, pero que de un modo absurdo descubro que he llevado siempre conmigo. Y ante unos ojos ya incapaces de retener lágrimas, arrodillado sobre el suelo que sostiene mi cuerpo derrotado, la sucesión de imágenes continúa mostrándose de una manera obscena. Ignorándome. Exhibiéndose.

Despidiéndose.



